

BOLSILIBROS BRUCUERA



Curtis GARLAND

EL MIEDO TIENE OJOS





eb

CURTIS GARLAND

EL MIEDO TIENE OJOS

Colección LA HUELLA n.º 68
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2

Depósito legal: B. 51.477 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Bruguera, S. A. Barcelona (España)

1ª edición: febrero, 1976

© Curtís Garland - 1976

© Cubierta: Jorge Núñez - 1976

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

PRÓLOGO

SOMBRAS

Había empezado como un viaje de placer. En realidad, lo era. El más hermoso viaje imaginable.

Nuestro destino era Los Ángeles. El motivo, la boda.

Íbamos en el coche Rachel y yo. Y Waldo. Sólo los tres. Yo conducía. Rachel iba a mi lado. Waldo, atrás, haciendo comentarios irónicos, como era su costumbre. No recordaba haberle oído nunca tomarse nada en serio.

Rachel, a mi lado, hablaba poco ese día. Muy poco. Creo que, en realidad, es el día en que menos la había oído hablar. Tal vez fuese la emoción. Uno no se casa todos los días. Ni siquiera en América. Ni en Los Ángeles. Ni aun en Hollywood, que era donde yo había residido algún tiempo en la última temporada. El cine tiene la culpa de la mala fama de los californianos en ese sentido. Pero no todos hacemos cine en este bendito lugar. No todos podemos divorciamos a las dos horas de habernos casado, pongamos por ejemplo.

Y nosotros íbamos a casarnos. Rachel y yo. Waldo sería testigo de excepción de la ceremonia. Nuestro padrino. Parecía sentirse feliz con ello.

El juez de paz de Santa Mónica nos estaría esperando sin duda en esos momentos, impaciente por proceder a la sencilla ceremonia. Queríamos que fuese de ese modo, y así habría de ser. Nada de alardes, nada espectacular. Íntimo y simple, casi familiar. También habíamos llegado a un común acuerdo para enlazar nuestras vidas ante un magistrado, y no en la iglesia. Más tarde, quizá resolviéramos la unión definitiva en un altar, pero no aún. Era un

modo de ser y de pensar. Una idea común a ambos.

Para un hombre como yo, todo aquello tenía algo de aventura fascinante. Se había llegado a decir de mí que era un solterón recalcitrante, alguien a quien ninguna chica lograría nunca dar caza realmente. Y he aquí que Rachel lo había conseguido.

Nuestras relaciones no fueron muy prolongadas. Tampoco hacía falta. Yo estaba convencido de que podíamos ser felices, la chica me gustaba, me atraía, y sentía algo especial por ella. Tal vez fuese amor. Pero hay quien dice que el auténtico amor llega años después de celebrado el matrimonio, y quizá tuviera razón. Nunca he pretendido ser un romántico y menos aún un apasionado.

Rachel parecía adaptarse muy bien a ese modo mío de ser. Moderna, eficiente y práctica, era todo lo contrario de una chica sentimental o enamoradiza. Creo que ambos íbamos al matrimonio con perfecto sentido de la dimensión y alcance de nuestros actos.

Aparte de todo eso, yo era un actor y guionista de Hollywood. Un tipo popular por varios sentidos. En otros tiempos, hubiera sido millonario, y quizá un ídolo mundial. Pero las cosas habían cambiado mucho hasta para Hollywood.

El star system, las grandes fábricas de sueños en celuloide, ya eran sólo nostalgia. Casi nadie imprimía ya sus huellas en el Teatro Chino, ni compraba residencias en Beverly Hills, con grifería de oro y muebles tapizados de pantera o leopardo. No. Eso eran otros tiempos.

Ahora, nuestro trabajo era muy distinto. La pequeña pantalla era nuestro vehículo. La Universal, la Warner, la Fox o la Metro, eran puro recuerdo en los folletos sobre la Historia del Cine. Ahora, en terrenos diez veces más pequeños, rodaban filmes para una pantalla cien veces menor: la de los receptores de TV en los hogares americanos.

Aun así, yo era famoso, en cierto modo. Interpretaba mi propia serie, de temas criminalistas y policíacos. Escribía un guion semanal, y se rodaba en un tiempo récord, pese a lo cual quedaba convertido en una película decente y discreta, de unos cincuenta minutos de duración.

A veces, contaba con ilustres «estrellas invitadas», como Lana Turner, James Cagney, Vincent Price, Dana Andrews y otras figuras del añorado «cine negro» americano. Entre todos ellos, me sentía

como un ser vivo, moviéndose en medio de un museo de figuras de cera, pero mi programa tenía éxito, y eso se traducía en un ingreso respetable de dólares en mi cuenta corriente. No, no soy un hombre rico, pero no puedo quejarme de mi suerte.

Y ahora, estaba Rachel...

Quiso ser primero actriz de televisión y cine, por supuesto. Como todas las muchachas jóvenes y atractivas que llegan a Hollywood desde los tiempos de Rodolfo Valentino y de Mae West. Luego, tuvo el suficiente sentido común para dejar de exhibirse en bikini, como una starlet más, para convertirse en empleada de las oficinas de los Estudios. De ahí pasó a ser mi secretaria. Y más tarde script de mis telefilmes. Incluso obtuvo un corto papel en uno de mis guiones. No estuvo mal del todo, pero ella misma comprendió que su carrera no estaba en la interpretación ante las cámaras, y volvió a su asiento de script.

Me demostró que era una chica inteligente, y ésa era una rara especie en mi mundo de Hollywood. Me sentí interesado por ella. Y así empezó todo.

Ahora, éste era el final.

Una boda sencilla y discreta, delante de un juez de paz, en Santa Mónica, un viernes por la mañana. Luego, un corto viaje de bodas a alguna parte. No sabíamos adónde todavía. Esas cosas siempre hay tiempo de arreglarlas.

Waldo Carpenter, director de muchos de mis telefilmes, y buen colaborador en ciertos guiones, era el padrino. Común amigo de ambos, era la imagen de la satisfacción, con su terno gris claro y su radiante flor en el ojal, como en una vieja película pasada de moda. No me hubiera sorprendido ver su rostro y su figura en la revisión de algún viejo filme de Humphrey Bogart o de Alan Ladd.

—«Santa Mónica, una milla» —leyó al pasar por un indicador de la carretera que, desde Los Ángeles, conducía a Beverly Hills y Hollywood. Giré el coche en la bifurcación, desviándome de esta última ruta, para seguir, bordeando la costa, hacia nuestro punto de destino.

—El juez Bridges vive algo más allá de la población —dije—. Justamente en la carretera a Malibú. Aún nos quedarán un par de millas largas.

Rachel sonrió, consultando su reloj de pulsera. Arrugó su ceño

levemente.

—Vamos a llegar un poco retrasados —señaló—. Le dijimos a mediodía, Alan.

—¿Qué novios no se retrasan, querida? —Reí entre dientes—. Después de todo, ahora mismo dieron las doce. No nos demoraremos más de diez minutos, ya lo verás.

Me equivoqué. Lo cierto es que nuestra demora iba a ser infinitamente mayor de lo previsto. Eso era algo que, sin embargo, yo no podía saberlo, ni siquiera intuirlo. O no hubiera emprendido aquel viaje matinal hacia Santa Mónica, por nada del mundo. Ni siquiera por Rachel o por nuestra boda...

Alcanzamos Santa Mónica. Luego, rebasada la población, aceleré la marcha, ya por la carretera costera hacia Malibú. No había mucho tráfico a esas horas de la mañana del viernes. Un sol tibio y amable bañaba de claridad las colinas de Beverly y de Woodlarid.

—Tras esa curva —indiqué— a cosa de media milla, está la vivienda del juez Bridges...

Doblé la curva, sin reducir la velocidad. Yo no podía esperar lo que sucedió. En realidad, creo que nadie lo hubiera previsto.

Oí gritar a Waldo, a mi espalda. La voz de Rachel se elevó en un chillido de alarma:

—¡Cuidado, Alan!...

Ya era tarde. Yo dediqué todos mis esfuerzos a evitar el impacto. Pero eso resulta muy difícil cuando lo que se cruza delante de uno, al salvar una curva, y emergiendo de un camino vecinal, a mi derecha, un enorme camión con remolque, que no respeta la señalización y se lanza a la carretera sin esperar al que pueda venir por ella.

Dilaté mis ojos, aferrando con desesperación el volante, describiendo un violento viraje, buscando a la desesperada eludir el choque que incrustaría fatalmente nuestro coche bajo el enorme vehículo de carga.

Vi estallar en mil pedazos el parabrisas, sentí mi cuerpo proyectado contra el volante, contra los vidrios, mientras el automóvil se arrugaba igual que si fuese de papel, y un estruendo horrible hería mis tímpanos.

Todo me dio vueltas, sentí que la sangre corría por mi rostro, que salpicaba el parabrisas pulverizado, los hierros retorcidos del

coche, y mi última exclamación, antes de sumirme en una profunda oscuridad, fue para mi compañera:

—Rachel... cariño... Rachel...

Luego, nada.

* * *

Nada.

Las cosas seguían igual en torno mío. Silencio, oscuridad, aturdimiento...

Tal vez eso era la muerte. Pero sentía dolor. Mucho dolor en mi cuerpo. Y no creía que la muerte pudiera ser dolorosa. Cuando no se existe, se deja de sentir, de sufrir, de amar, de odiar, de ser feliz o infortunado de estar sano o enfermo, dolorido o ileso.

Traté de moverme y, realmente, me moví. Pero a costa de un sentimiento lacerante en mis miembros. Alcé una mano. Mi brazo parecía aplastado, rotos sus huesos, tal era la sensación que advertí. Toqué mi rostro.

Vendajes. Estaba envuelto en vendas. Recordé borrosamente algunas cosas: el parabrisas astillado, el automóvil desgarrado, el maldito camión...

Y Rachel. Y Waldo...

—¡Rachel! —gemí ahogadamente—. Dios mío, Rachel...

Algo me rozó. Alguien oprimió suavemente mi hombro. Una voz serena habló cerca de mi oído:

—No tema. No se preocupe por nada. Ella está bien...

Hubiera querido creerlo. Pero esas cosas se dicen a veces para calmarle a uno. Insistí con voz torpe:

—¿Está... está herida?

—Sí —respondieron—. Pero tan levemente, que hoy mismo saldrá para su domicilio, sin necesidad de seguir hospitalizada. ¿Eso le tranquiliza, señor Reeves?

—Sí... —musité—. ¿Y... Waldo Carpenter, mi amigo? Viajaba atrás...

—Sufre lesiones en sus piernas y brazos —me dijeron—. Tendrá que recuperarse, antes de volver a la vida normal. Pero tampoco es nada grave. Tuvieron ustedes mucha suerte... El choque con aquel camión pudo ser mortal para todos. Su maniobra les salvó, no ay duda. El conductor iba medio dormido, tras un largo viaje nocturno.

Ha sido encarcelado, a la espera de sus responsabilidades en el siniestro.

Si decían la verdad, resultaba bastante tranquilizador todo aquello. Waldo no corría peligro, y Rachel tampoco. Pero... ¿y yo?

De mí no habían dicho nada. Ni yo lo había preguntado tampoco. Esta vez lo hice, con voz ronca, casi temeroso de la posible respuesta:

—En cuanto a mí... —Comencé.

—Debe estar tranquilo. Y quieto. Pronto estará bien del todo.

—Me duele todo el cuerpo...

—Es natural. Sufre magulladuras, golpes... Pero ninguna fractura.

—Y mi rostro... ¿por qué está vendado mi rostro? —insistí.

—Se hirió con el parabrisas. Son cortes superficiales. Pronto estarán cicatrizados.

—Preferiría volver a casa, a mi domicilio...

—Imposible. Por el momento, el doctor Lockyer no se lo autorizaría.

—¿Lockyer? —arrugué el ceño, tratando de recordar algo—. ¿Doctor Gordon Lockyer, del Hospital General de Santa Mónica?

—Sí, el mismo —mi interlocutor me pareció repentinamente incómodo—. ¿Le conoce?

—Le conozco —asentí sordamente—. Y es... es oftalmólogo...

—Oh, eso... Bueno, es su especialidad, señor Reeves —aquella voz trataba de restar importancia al hecho, eso era evidente—. Aparte de ello, es médico interno del hospital, y hoy está de guardia...

—Un especialista como el doctor Lockyer nunca está de guardia para simples emergencias —repliqué angustiado—. ¿Qué me ocurre? ¿Qué clase de lesiones he sufrido realmente en... en mis ojos?

—¿Sus ojos? —Capté una leve risa forzada—. ¡Qué tontería! ¿Por qué habría de tener tal clase de lesiones, señor Reeves?

—Estoy seguro. Estos vendajes... —Me toqué el rostro a la altura de mis párpados, tapados por las vendas—. ¿Por qué? ¿Qué lesiones sufro en la vista, para estar así? ¡Necesito saberlo, por el amor de Dios!

El silencio duró ahora unos instantes. Creí captar el roce de unas

leves pisadas. Alguien entraba en la habitación. Estuve seguro de que me contemplaban con fijeza, de que alguien dudaba en su respuesta.

Finalmente, la respuesta llegó:

—De todos modos, terminará por saberlo, señor Reeves. No conduce a nada tenerle engañado. Sus lesiones son todas leves, excepto... excepto las que sufrió en ambos ojos. Desgraciadamente... hay muy pocas posibilidades de salvarle la visión. Yo diría que ninguna. Y ni siquiera hay la esperanza de un trasplante de córnea, señor Reeves. Tiene usted los globos oculares totalmente destrozados. Lo siento...

Un silencio aterrador, una oscuridad más densa de lo que jamás pude imaginar, me envolvió en un alucinante mundo de horrores invisibles.

—Dios mío... —susurré—. De modo que estoy... estoy ciego.

Nadie afirmó. Ni negó. No hacía falta. Ahora lo sabía. El silencio era la más elocuente de las respuestas.

De repente, había descubierto que existía algo peor que morir...

CAPÍTULO PRIMERO

MADRUGADA

—¿Qué hora es?

—Las doce y media. Ya preguntó lo mismo hace diez minutos. ¿Por qué no descansa, Reeves?

Mi enfermera se mostraba paciente. No podía saber si era bonita o fea, joven o madura. Tenía una voz amable y dulce. Era comprensiva. Es lo único que podía importarme ahora.

—Sí, perdone —murmuré—. Es que no puedo dormir...

—Tendré que inyectarle un calmante, como me dijo el doctor Lockyer. ¿Por qué no es buen chico y me evita eso, descansando por su propia voluntad?

—¿Usted descansaría, en mi situación, enfermera? —quise saber.

—Tal vez no —suspiró—. Lo siento. No quise disgustarle.

—Nada ni nadie puede disgustarme ya —resoplé—. Llevo doce horas en esta oscuridad. Y he aprendido mucho en tan poco tiempo...

Ella enmudeció. Parecía saber a lo que me refería. Luego trató de confortarme de alguna manera.

—No juzgue precipitadamente a nadie. Esa muchacha también está bajo los efectos de un *shock*, sufre algunas heridas, está confusa, alterada...

—Pero esa muchacha, enfermera, sería ahora mi esposa, de no suceder lo que sucedió. Ni siquiera está malherida, puesto que ha vuelto a casa, dada de alta en el hospital. ¿Y qué hizo? Venir a verme, enterarse de mi lesión irremediable... y ante mi deseo de celebrar, pese a todo, ese matrimonio lo antes posible, poner

evasivas y excusas para aplazarlo indefinidamente. Noté la frialdad de su voz, su repentino cambio... Me di cuenta en seguida. Ella no uniría su vida a un hombre invidente, para ser su lazarillo. Es joven, bonita y llena de vida. Es egoísta, quizá como todos lo somos en el fondo de nuestro ser. Y ciertamente, no creo que esté enamorada de mí.

—Reeves, ¿por qué habla así? Se está torturando inútilmente. Mañana, todo será distinto. Esa chica volverá y...

—No, enfermera. No será distinto —rechacé—. Sé cuándo puedo esperar algo y cuándo no... No le culpo de nada a esa mujer. Ni siquiera me torturo con reconocer las cosas en su exacto valor. Para ella, era una buena boda. Un hombre joven, escritor y actor, con porvenir en Hollywood... Rachel es inteligente. Por tanto, es calculadora. Y esto rompe todos sus cálculos. No le seduce la idea de unirse a un ciego, necesitado de todos. Por favor, enfermera, ¿podría redactarme un telegrama?

—¿Ahora? Reeves, debe dormir. Si el doctor Lockyer se entera...

—Le prometo descansar tranquilo, una vez escriba ese texto y lo envíe por teléfono a su destinatario. Por favor...

—Está bien. Dícteme —me pidió, tras una vacilación.

—Es breve. Escriba: «Diagnóstico médico totalmente pesimista. Ojos dañados irremisiblemente. Ceguera inevitable. Lo siento. Eso significa quedas desligada todo compromiso. No acepto te unas a un inválido. Saludos: Alan». Ahora, enfermera, por favor, el destinatario: Rachel Ward. *Bungalows* San Gabriel. Box 1132. Glandale, Los Ángeles. Con respuesta pagada...

Cumplí mi palabra. Unos momentos después, descansaba en silencio, hasta conciliar el sueño. Un sueño en el que visité tierras de ensueño, mares azules y luminosos, lugares donde los colores eran un deleite para la vista. El despertar en la oscuridad eterna, sería ahora mucho más cruel y doloroso...

* * *

Desperté cuando solamente eran las seis de la mañana. La enfermera, pacientemente, me informó de la hora. Parecía complacida por mi prolongado descanso. También por el curso de mi temperatura.

—No tiene fiebre —dijo—. Eso va muy bien.

¿Qué podía importarme a mí la fiebre? Hubiera dado media vida por recuperar mis ojos. Mis ojos... Lo demás importaba poco.

—¿Envió el telegrama? —pregunté, tras un silencio.

—Sí, —afirmó—. Y hubo respuesta...

Me estremecí. Una respuesta... Rachel había sido rápida en ello. Demasiado rápida, para lo que podía significar.

—¿No va a leérmela? —pregunté roncamente.

—¿Por qué no espera a mas tarde? Siga descansando, y le prometo que a la hora del desayuno, yo le...

—No. No podría descansar. No ahora. Por favor...

—Conforme —susurró—. Después de todo, no creo que sea una sorpresa... Escuche, Reeves. Dice así: «Lamento profundamente lo sucedido. Ten fe. Agradezco tus generosas palabras. Todo ha cambiado ahora, tú lo sabes. No sería buena cosa un matrimonio por compasión o piedad. Dame tiempo. Siempre seremos amigos. Un abrazo: Rachel».

El silencio y la sombra eran malos compañeros. Pero no tenía otros. Mi enfermera no decía nada. Tal vez no hubiera sabido qué decir. Yo, tampoco.

Quizá por eso, tranquilamente, me tendí en el lecho. Debí asombrar a la enfermera cuando hablé:

—Gracias. Trataré de descansar hasta el desayuno...

Y bajo el muro de tinieblas que cubría mis ojos, no supe si éstos estaban húmedos o totalmente secos y yermos...

* * *

—¿Cómo van esos ánimos, Reeves?

Me despecé, sorprendido. Estaba seguro de haber dormido menos de lo previsible. No podía ver la luz, pero un leve calor venía de la mesilla. Para un hombre que empezaba a habituarse al mundo de los invidentes, aquello significaba algo: aún había luz eléctrica encendida.

—Bien —bostecé, intrigado—. ¿Ya es hora de desayunar, doctor?

—No, todavía no —rechazó él—. Falta un poco...

Por qué el doctor Lockyer, el eminente oftalmólogo, me visitaba en plena madrugada, resultaba extraño, a menos que, sin yo saberlo, mi estado se hubiese agravado por alguna razón.

—¿Algo anda mal, doctor? —indagué.

—No, nada. Por el contrario, Reeves. Quería hablar con usted sobre algo que podría ser muy importante para su vida... o terminar no significando nada.

Traté de entender sus palabras. No lo logré.

—Eso suena a chino para mí, doctor —confesé.

—Lo creo —le oí suspirar—. Reeves, voy a hablarle en simple hipótesis. No se lo tome en serio en ningún momento, porque se trata sólo de una divagación. Pero necesito hablar de ello con usted. Ahora mismo.

—Le escucho —manifesté, dominando mi desconcierto.

—En estos momentos, Reeves, tengo tres pacientes graves en mi pabellón. Uno de ellos ha perdido un ojo y salvará el otro. El segundo, perdió la visión de uno de ellos, y hemos de intervenirle el otro en una delicada operación, para tratar de salvarle el que le queda sano. Puede cegar, pero hay una posibilidad todavía. Usted es el tercer caso. El peor de todos. No hay una sola posibilidad de hacer nada positivo. Virtualmente, tiene vaciados sus ojos.

—No es muy optimista que digamos —comenté.

—Siento ser tan crudo, tan tremendamente duro con usted. Pero es necesario para llegar a la cuestión de fondo. En este dilema, se me ofrecen dos oportunidades virtualmente únicas. En primer lugar, existe un donante.

—Un... ¿qué? —me sorprendí.

—Un donante. Esta misma madrugada, podemos disponer de dos ojos. No una simple córnea, sino los ojos de un donante anónimo. Hasta hoy, el trasplante es sólo de córnea. El ojo entero no se injerta. Es decir, el globo con su pupila, su retina, su córnea, absolutamente todo el ojo, enlazándolo a los nervios ópticos y las arterias, pertenece todavía a lo hipotético, a un futuro de la cirugía oftálmica, ¿se da cuenta?

—Claro. Algo así como un trasplante de cerebro —reí entre dientes.

—Pero más factible. Teóricamente, se puede intentar. Los resultados, nos son desconocidos por completo. Si se triunfa, el paciente recupera la visión.

—Con los ojos de otro hombre.

—Si.

—Y... ¿si falla la operación?

—No se habrá ganado nada. Pero tampoco se habrá perdido. Todo será como al principio.

—En conclusión: ¿qué quiere decirme, doctor Lockyer?

—Esto: de los tres pacientes, sólo usted es ya un ciego, sin remisión posible. Los demás tienen una posibilidad científica. Usted, no. Todo lo tiene perdido. Y yo le sugiero: ¿aceptaría una intervención así? Es algo que la Medicina y la Cirugía no aceptarían oficialmente si se consultara a sus autoridades máximas. Mañana mismo, esos ojos del donante, pasarán a un Banco de Ojos. Y va no será igual. Sólo servirán para trasplante de córnea. Esta madrugada... es diferente.

—¿Por qué es diferente?

—Porque tendré los ojos completos, ambos globos oculares, debidamente conservados durante un corto espacio de tiempo, sólo unas horas. No más de dos o tres. Es el plazo que existe. Si usted aceptara, yo me arriesgaría a operar.

—¿Con todas sus consecuencias?

—Con todas sus consecuencias, Reeves.

—Los ojos de otro hombre... —medité en voz alta.

—Sanos e ilesos. Reeves, ese hombre morirá en pocos minutos. Tengo línea directa con... con su domicilio. Apenas fallezca, daría la orden. De allí al hospital, los ojos tardarían una hora o poco más. Mis colaboradores fueron ya hacia allá para extirpar sus ojos al cadáver. Así lo aceptó el donante. ¿Qué me responda?

Callé unos momentos. Mil ideas cruzaron mi mente. Estaba tratando de serenar mis pensamientos, sólo eso. La respuesta la tenía ya desde un principio. No podía ser otra.

—Sí, doctor —murmuré—. Adelante, por el amor de Dios...

* * *

Pregunté la hora al entrar en el quirófano.

Las siete y quince minutos de la mañana. Alrededor mío, enfermeras y médicos mantenían un silencio casi religioso. Sólo oía sus suaves pisadas, el rumor de algún comentario en voz baja...

Era como algo clandestino. Una acción secreta, confidencial. Por primera vez, en las vacías cuencas de un hombre con los ojos destrozados, iban a situar dos ojos completos, recién desprendidos

de otro ser viviente que había hecho donación de ellos a su muerte.

La idea resultaba escalofriante. Y, sin embargo, para mí era casi alentadora, llena de esperanzas, de posibilidades... Pensé en las intervenciones quirúrgicas que habían dotado de nuevo corazón a enfermos incurables, de trasplantes de miembros y tejidos enfermos. Unas veces, había resultado. Otras, no. Pero siempre escucha uno esas noticias sin relacionarlas consigo mismo. Y, sin embargo... ahora era yo el sujeto de la experiencia, el cobaya del experimento trascendental...

Por un momento, un sentimiento terriblemente egoísta me llenó de temor. ¿Y si el donante no moría, como había anunciado el doctor Lockyer?

—Cielos... —susurré entre dientes, horrorizado de mí mismo—. ¿Cómo puedo pensar así? Es un ser humano, como yo. Y su generosidad va a permitirme ver de nuevo... si ello es posible. No puedo desear su muerte, a pesar de todo.

De súbito, hubo un leve revuelo. Alguien se precipitó fuera del quirófano. Capté el lejano zumbido de un teléfono...

Un momento después, unas pisadas firmes entraban en la sala de operaciones. Oí la voz del doctor Gordon Lockyer, no lejos de donde yo esperaba, tendido sobre la mesa de operaciones:

—Ya ocurrió... Ha muerto. El doctor Gardner y sus ayudantes, estarán de regreso inmediatamente, apenas obren los ojos en su poder...

Los preparativos se tomaron febriles en torno mío. Noté cómo el anestesista preparaba su material. El calor de una fuerte luz se derramó sobre mi rostro, desde el techo del quirófano.

Los ojos...

De repente, se me ocurrió la idea. Y hasta hice la pregunta, en voz alta:

—Los ojos, doctor... Los ojos... ¿de quién?

No me respondieron. Un momento después, el dulzón sopor de la anestesia comenzaba a invadirme.

* * *

—Y así ¿hasta cuándo, enfermera Dyll?

—Es usted un impaciente para todo, Reeves —me reprochó mi fiel cuidadora de aquellos días—. Es el doctor quien debe

determinar cuándo se hace cada cosa. Todo requiere tiempo, compéndalo. No podemos arriesgarnos a un fracaso, sólo por precipitar los acontecimientos.

—Sí, entiendo —suspiré, apretando los labios—. Pero ya son muchos días de espera, de reposo, de paciencia... Enfermera, ¿han dicho algo los periódicos sobre esta... esta operación?

—Nada en absoluto —suspiró ella—. Es confidencial. Sólo usted mismo podría autorizar, una vez terminado todo con éxito, a que el doctor Lockyer revelase lo sucedido. Y, en todo caso, el nombre del paciente permanecerá en el más estricto secreto, a menos que usted le diese publicidad.

—El doctor puede ser expedientado por el Colegio Médico, si esto fracasa.

—Claro. Ya sabía él a qué riesgos se exponía. Pero si triunfa, habrá valido la pena, ¿no cree?

—Evidentemente —murmuré—. ¿Cree usted que triunfará?

—Estoy convencido de ello, Reeves.

—Es curioso, pero... yo también —murmuré—. Yo también quiero tener fe... y la tengo.

Y pensé en Waldo, que había enviado obsequios, que me visitó en tres ocasiones durante aquellos días, aunque sin ser informado de nada por los médicos ni por mí.

Y pensé en Rachel, de la que nada sabía. De la que tampoco Waldo quiso hablarme. Ni hacía falta.

Al otro día, el doctor Lockyer me dio la primera gran noticia:

—Mañana es el día, amigo mío. Mañana levantaremos esos vendajes... y veremos si, realmente, usted puede ver a través de los ojos de su donante...

Entonces sí. En ese momento, supe lo que era el miedo.

CAPÍTULO II

VERDE

El miedo duró tiempo.

Duró, justamente, hasta que llegó ese momento anhelado. El de abrir mis pupilas a la luz. El de desprender los vendajes. El momento de conocer la respuesta, en suma.

Una respuesta decisiva para mí. La diferencia entre la luz y la sombra, entre el ser y el no ser. Porque permanecer en la sombra, era peor que morir. Al menos, para mí. Sabía que no sería lo bastante cobarde para matarme, si sucedía lo peor. Y tendría que reunir la valentía suficiente para hacerme a la idea de una vida entera sin más compañero que la oscuridad, las sombras eternas de mi actual ceguera.

Era tan problemático esperar, confiar en la ciencia de un hombre que creía haber alcanzado la panacea soñada por todos los invidentes del mundo... Creer que los ojos de un muerto podían devolver la visión a un ser vivo, aún formaba parte de lo hipotético. Era sólo un ensayo. Un experimento. Y nada más.

Nada más...

Estaba pensando en ello cuando comenzaron a desprender mis vendajes, lenta y como temerosamente. Era lo mismo que si formara parte de un ritual. Sentía un martilleo en mis sienes, una rara congoja en el pecho, unas palpitaciones anormales en mi corazón. Las manos me temblaban.

¿Qué iba a suceder cuando alzara mis párpados, cuando me enfrentara con la realidad? ¿Sería la mayor de las alegrías o la más amarga de las decepciones la que acogería mi enfrentamiento con la

verdad definitiva?

Ésa era la incógnita. La duda. El terrible dilema de mi vida y de mi destino futuro.

Y la respuesta llegó cuando cayeron los últimos vendajes, y escuché la voz apacible, algo tensa ahora, del doctor Gordon Lockyer:

—Bien, Reeves. Ahora, muy despacio, debe ir abriendo sus ojos cuando yo haya contado hasta treinta. Muy despacio, ¿entendido?

—Sí, doctor, entendido —musité.

—Permanezca sentado. Relajado. Mire ante sí, sin alzar los párpados hasta ese momento. Luego... haga como le he dicho. Sin prisas. Sin precipitarse. Vamos ya. Acomódese. Yo empiezo a contar: uno... dos... tres... cuatro...

* * *

—... Veintidós... veintitrés... veinticuatro...

Contuve la respiración. Se acercaba el momento. La voz del doctor Lockyer era un soniquete imperturbable, carente al parecer de emociones. Y, sin embargo, se jugaba el destino de un hombre. Y el éxito o el fracaso de una empresa científica capaz de revolucionar la cirugía oftalmológica.

Todo dependía de estos momentos. Ambos lo sabíamos. Sin embargo, creo que había llegado a contagiarme su propia serenidad. Me sentía extrañamente calmado, seguro de mí mismo, como si todo aquello no tuviera la menor importancia. Y tenía tanta para ambos. Para tantas personas en el futuro...

—... Veintisiete... veintiocho... veintinueve... y TREINTA.

Ya. Era el momento. Creo que el doctor Lockyer contuvo la respiración. Su silencio era casi tangible. Yo, ni siquiera sabía si respiraba o no. Creo que en ese momento, no sabía nada de nada, excepto que tenía que abrir mis ojos... y conocer la respuesta.

La respuesta estaba allí.

En el momento mismo en que alcé mis párpados, poco a poco. Me sentí sobrecogido. Un frío de hielo se extendió por mis venas, congelando la sangre. Mi corazón cesó de latir.

Oscuridad. Una profunda, total oscuridad. Era todo cuanto alcanzaban a descubrir mis ojos. Sentí el frío de la muerte, como un sudario, extendiéndose siniestramente sobre mí.

—No veo, doctor... —susurré—. ¡No veo! ¡Hemos fracasado! ¡Sigo ciego!...

La respuesta del cirujano me llegó nítida, calmosa, sin emoción alguna, sin inquietud:

—Serénese, Reeves. No adelante acontecimientos. Aún no puede saberlo. Espere y tenga calma...

—¡Pero es que... no veo nada, doctor! —gemí.

—No puede ver. La habitación está todavía a oscuras —me serenó su voz—. Voy a darle paulatinamente claridad. No podíamos correr riesgos. Es mejor así, créame.

Respiré con alivio, aunque mi incertidumbre continuaba. Mi corazón volvió a latir. Esperé.

El doctor Lockyer hizo algo en la oscuridad. Le oí manipular alguna cosa. No me abandonaba aquella sensación terrible de frío, de temor, de angustia.

—Sigo sin ver nada, doctor —musité.

No hubo respuesta. Algo susurró, al descorrerse. Sin duda era otra cortina más espesa que la anterior.

Grité. Fue un grito ronco, exasperado. Me erguí, clamando con voz rota:

—¡Dios mío! ¡Luz! ¡Veo luz, doctor! ¡Veo algo muy débil ante mis ojos...!

—Cielos... —le oí murmurar—. Lo logramos... Si ve luz es que... hubo éxito, Reeves. ¡Hubo éxito!

Temblé. La luz aumentaba gradualmente. Primero, pese a su débil resquicio, apenas visible, había llegado casi a deslumbrarme. Ahora, me iba habituando. Mis ojos —los ojos de otro—, se iban adaptando a la claridad que filtraban las cortinas, lentamente manipuladas por mi cirujano.

Vi más y más luz. La habitación toda se llenó de claridad. Era un día nublado, casi lluvioso. No importaba. A mí me pareció el más espléndido y maravilloso de los días. Ni el más radiante sol me hubiera entusiasmado tanto, ni hubiese hecho circular más de prisa la sangre por mis agitadas venas.

—Cielos... —murmuré, dejándome caer de nuevo en mi asiento, con ganas de sollozar, de gritar, de dar saltos, de clamar mi buena fortuna al mundo entero—. Lo ha logrado, doctor, ¡lo ha logrado! Es como un milagro...

—Sí, Reeves —le oí decir con voz serena, dominando difícilmente sus actuales emociones. Vi venir hacia mí su silueta, recortada contra el paisaje nublado, del exterior de la clínica—. Es un milagro, estoy seguro...

Durante unos momentos, no supo qué más decir. Permaneció sumido en un religioso silencio. Yo también estaba callado, admirando la luz, las formas, los colores grises del día inclemente.

De repente, me asaltó la idea. Y lo expuse tímidamente, casi con temor, fijando mi mirada en el cirujano:

—Doctor, quisiera... quisiera un espejo.

—¿Un espejo? —Se miró, sorprendido—. ¿Para qué?

—Quiero verme... verme la cara —murmuré.

—Entiendo —asintió despacio. Apretó los labios—. Sí, era de suponer. Debí imaginar que querría ver... sus ojos. ¿No es eso lo que le preocupa, realmente, Reeves?

Asentí. Él sabía lo que pasaba por mi mente en esos momentos.

No me negaron mi deseo. Poco después, una enfermera traía un espejo hasta mí. Lo tomé, con pulso levemente tembloroso. Miré la superficie azogada. Vi mi rostro.

Y mis ojos.

Aquellos ojos que otro ser humano me había donado al morir. Era la primera vez que los veía. Contemplé mis nuevas pupilas con sorpresa, con desconcierto. Vi en ellos algo raro, inquietante. Algo que los hacía muy diferentes a los ojos que yo contemplara toda mi vida en un espejo.

Porque mis ojos destruidos en el accidente, habían sido siempre marrones, color café.

Los de ahora, eran de otro color muy diferente.

Eran verdes.

* * *

Verdes.

Resultaba difícil hacerse a esa idea. Suspiré, dejando el espejo sobre la mesilla de noche. Alisé el embozo de la cama, y miré a la enfermera Wanda Dyall. No era precisamente guapa ni joven, pero me caía simpática. Quizá porque el suyo fue uno de los primeros rostros que vi tras la operación del doctor Lockyer.

—Se preguntará por qué insisto tanto con ese espejo... —

suspiré.

—No —negó ella con una leve sonrisa—. Le comprendo muy bien. Debe resultar tan increíble, tan asombroso, verse con unos ojos... diferentes...

—Muy asombroso —asentí—. Estos ojos míos... ni siquiera creo que lo sean. Es como si otra persona, un extraño... me contemplara desde el otro lado del espejo, enfermera Dyall.

—Sí, imagino que ha de resultarle forzosamente extraño todo esto. Pero se irá habituando paulatinamente a ello. Pronto se olvidará de que llegó a estar ciego, de que necesitó los ojos de otra persona para seguir viendo... Todo eso no será sino un mal recuerdo que, a veces, le parecerá que solamente fue un sueño. Un mal sueño del que, por fortuna, despertó muy pronto —dijo la enfermera con una leve sonrisa de comprensión hacia él—. Ahora, lo que debe hacer, es olvidarse de todo. Y descansar. Y no pensar en ello, no dar vueltas a la misma idea.

—Descansar... —murmuré con voz profunda—. Me pregunto si algún día podré realmente descansar, sin pensar de nuevo en ello, sin preguntarme una y otra vez la misma cosa...

—¿Preguntarse? —La enfermera me contempló con ojos preocupados—. ¿Qué es lo que usted se pregunta ahora, señor Reeves?

—Mis ojos... —Levanté las manos, rocé con mis dedos los párpados, significativamente—. Mis actuales ojos, enfermera... ¿de quién son?

—¿Qué tontería es ésa? Suyos, naturalmente.

—No, enfermera Dyall. Usted me entiende bien. Quiero decir... ¿a quién pertenecieron antes de ser míos, antes de serme trasplantados a mí?

La enfermera no llegó a responder. Creo que tampoco lo hubiera hecho, saliéndose por la tangente una vez más. El doctor Gordon Lockyer, sin embargo, fue mucho más tajante, más áspero en su réplica:

—Reeves, eso no puede usted saberlo nunca. Ni usted, ni nadie.

Levanté los ojos. Miré al cirujano a quien debía el milagro. Estaba erguido en la puerta de mi habitación, contemplándome con cierto disgusto en su expresión, como si esperase de mí que no fuese tan díscolo ni tan irritante en mi actitud.

—¿Por qué, doctor? —objeté todavía, obstinado—. Es una donación. Un trasplante de órganos humanos... Se ha hecho otras veces: riñón, corazón, hígado... Otros trasplantes, doctor, tan importantes como la propia visión para el hombre en peligro... ¿por qué ha de ser diferente en este caso?

—Porque el donante así lo pidió previamente, al otorgar sus ojos a una persona necesitada de ellos. Su única condición previa fue permanecer para siempre en el anonimato, que no se supiera jamás que donaba sus ojos antes de morir. Ni siquiera el receptor, el beneficiario, debía saberlo. Era su condición, y hubo que aceptarla. Prometí no revelar nunca a nadie cuál era el origen de esos globos oculares que tanto significaron para usted y para mí. Y así lo haré, puede estar seguro.

Le seguía mirando. Sí. Podía estar seguro de ello. El doctor Lockyer no era de los que se volvían atrás fácilmente ni faltaban a su palabra. No necesitaba jurármelo.

—¿Cree que eso es justo, doctor? —murmuré.

—Lo es, si el donante así lo quiso. Fue él quien hizo posible todo esto; no lo olvide. Y ya que generosamente donó lo que no iba a necesitar más allá de la tumba, es nuestro deber aceptar sus condiciones. Usted, Reeves, es un hombre sensible, que se preocupa por todo en exceso. Hágame caso: no debe hacerlo. No trate de saber más de lo que realmente le importa saber. Ha sido un hombre muy afortunado. Eso debe bastarle. Lo demás, es accesorio. Esos u otros ojos, hubieran servido de igual modo para usted. Unos ojos no son más o menos que un riñón, un corazón o algo así. Sencillamente, es el conjunto de todo ello, con sus nervios y su cerebro, lo que le permite ver. Algún día existirán ojos sintéticos, y se aplicarán a los invidentes, como quizá se lleguen a crear nervios ópticos para los que nacieron sin visión. Esto es sólo el principio para nosotros, los médicos. Pero es un fin para usted, Reeves. Porque vuelve a ser usted. Porque ve de nuevo. Dé gracias a Dios por ello, y no se pregunte nada más. No merece la pena, créame.

Sin esperar comentario alguno por mi parte, se retiró. Yo respiré profundamente. Cerré los párpados, meditando sobre todo cuanto el gran cirujano me había dicho. La enfermera Wanda Dyll se incorporó, para regresar en seguida. Me quedé relajado, en aquel mi último día y mi última noche en la clínica.

Al día siguiente, volvería a la vida, al exterior. Todavía no sabía nadie nada sobre mi operación. Otra de las condiciones previas era el secreto sobre la intervención quirúrgica. Pero en este caso, por parte del propio doctor Lockyer, que haría público su éxito en la inmediata Convención Internacional de Cirugía Oftálmica, a celebrar en Nueva York. Era su gran baza, su carta escondida para el día previsto. Mientras tanto, nada de publicidad en torno al hecho.

—La Medicina no es un barracón de feria —había dicho él—. Las cosas deben hacerse seriamente. Conscientemente. Sin sensacionalismos ni publicidad estúpida.

Así era mi médico. Admirable por muchos conceptos, ciertamente. Yo, quizá influenciado por su sobriedad, ni siquiera había comunicado a Waldo Carpenter el milagro. Y menos aún a Rachel, por supuesto.

Empezaba a sentir sueño, cansancio. Había tenido muchas emociones aquel día, hasta confirmar mi retorno a la luz, a los colores y las formas, el regreso de la terrible oscuridad. Empecé a quedarme dormido insensiblemente.

Y de repente lo vi.

Vi por primera vez la sangre y el rostro desfigurado.

CAPÍTULO III

ESPECTROS

Me erguí con un grito ronco, de sobresalto.

La enfermera acudió inmediatamente, sorprendida de mi reacción. Se quedó mirándome, con extrañeza, mientras yo permanecía sentado en el lecho, con los ojos muy abiertos, fijos en ninguna parte.

—Pero... ¿qué le ocurre ahora, señor Reeves? —susurró la enfermera Dyall, preocupada.

No contesté. Estaba mirando. Mirando muy fijo, en busca de algo.

Encontré solamente las paredes blancas del hospital, las luces crudas, la ventana asomada a las luces nocturnas de Beverly Hills... Y los muebles de acero, y la enfermera ante mí, alarmada e indecisa.

Por la puerta de la habitación, era visible el corredor del establecimiento sanitario, vacío a esas horas de la noche. Eso era todo lo que me era dado ver.

—Dios mío... —susurré—. ¿Y... y la sangre?

—¿Sangre? —se alarmó la enfermera, buscando sobre mi persona alguna huella escarlata, sin duda alguna—. ¿Qué sangre?

—La sangre... —jaleé—. La sangre... y el... el cadáver.

Me miró como si yo estuviera loco. Se acercó a mí con rapidez y me tomó el pulso. Evidentemente, lo halló muy agitado. Me estudió, ceñuda.

—¿Qué le ocurre, señor Reeves? —Se irritó—. Ha debido dormirse, ¿no es cierto? Alguna pesadilla, sin duda...

Apreté los labios. Me disponía a negar con energía, casi rabiosamente. Pero detuve mi gesto. Reflexioné con algo más de frialdad.

Una pesadilla.

¿Había sido sólo eso? Ciertamente, me llegué a adormecer. Sin duda tenía los nervios en tensión, los efectos de todo aquello estaban frescos en mi mente... y tuve esa visión súbita y horrible. Una fugaz pesadilla que me hizo despertar bruscamente.

Sí, tenía que ser eso. No había otra explicación.

Ya había visto la sangre. Sangre en el pavimento de una habitación, sangre sobre las ropas de un cuerpo tendido... Unos ojos desorbitados, un rostro convulso, con la muerte helando sus facciones crispadas en una mueca de horror, de angustia suprema...

No había nada. No podía haberlo. El hospital estaba tranquilo, la habitación en calma; ni siquiera había el menor parecido entre mi habitación, y la estancia que yo creyera ver en mi rápido sueño.

—Sí, enfermera —susurré—. Perdone. Creo... creo que tuve una pesadilla...

—Está perdonado —abrió un tubo y me tendió dos pequeñas tabletas con un vaso de agua—. De todas maneras, tome esto. Le sentará bien. Dormirá tranquilo, pero no es ningún hipnótico. Mañana, cuando abandone la clínica, empezará a sentirse de nuevo tal como era antes de venir aquí, no lo dude, señor Reeves. Ahora... buenas noches.

—Buenas noches, enfermera —suspiré—. Y gracias... Gracias por todo.

Me dormí apaciblemente, desde luego. Estuve seguro de que había sido solamente una pesadilla. Y siempre lo hubiera estado, por el resto de mi vida, si no hubiera sido por una razón.

Ya no estaba en el hospital ni me sentía nervioso en absoluto cuando volví a ver la sangre. Y el cadáver de aquella persona...

* * *

Era una mujer.

Una mujer hermosa. O había sido hermosa, no sé. Pero sus piernas, sus bien formados muslos, sus senos aparecían manchados de sangre. Sangre salpicando por doquier.

La otra vez, la otra vez, ¿había sido también una mujer? ¿O en

ese caso se trató de un hombre?

Demudado, tembloroso, pasé una mano por mis ojos. Me contemplé en el escaparate de una tienda. Estaba bañado en sudor. Un sudor frío, que humedecía mi rostro, mis manos.

—¿Se encuentra bien, señor?

Torpe, borrosamente, advertí que un transeúnte se había detenido junto a mí, que una pareja acudía solícita, por si era precisa su intervención. Miré a todos con desconcierto. Negué con la cabeza, muy débil.

—No, no, gracias —rechacé—. Sólo ha sido... un mareo.

—Podemos avisar a un médico, o llevarle a alguna parte... —se ofreció uno de los transeúntes.

—No hará falta. Ya me encuentro bien. Me ocurre a veces. No es nada. Gracias...

Me aparté de ellos. Procuré caminar con firmeza. No era fácil.

Esta vez, ni siquiera estaba dormido cuando la visión se presentó de súbito ante mí, con una nitidez terrible. Una imagen dramática, violenta. Una mujer que me era totalmente desconocida. Y sangre. Mucha sangre.

Recordé la visión anterior, la noche última que estuve en el hospital. Era idéntica. ¿O sólo parecida? Hubiera jurado que aquella vez se trataba de... de un hombre.

Entré en un bar. Pedí un *brandy*. Lo tomé de un trago, mientras enjugaba el sudor con un pañuelo, y trataba de razonar fríamente, de no dejarme llevar por el miedo, por mis repentinos terrores.

Tenía que haber una explicación para todo aquello. Tal vez estaba demasiado débil, tras los días de hospitalización, tras la experiencia vivida, tras el estado nervioso previo y posterior a la intervención quirúrgica del doctor Lockyer. Sí, todas las cosas tienen su explicación natural. No es posible que ciertos hechos se produzcan sin saber por qué.

Traté de recordar. Las imágenes que yo captaba eran como fotografías. Imágenes muy limpias de algo horrible. No había movimiento, no había nadie que tuviera vida en las dos visiones sufridas. Tal vez visiones de mi retina, detenidas en mi mente, antes de sufrir el accidente del automóvil. Cosas subconscientes que yo no llegué siquiera a advertir. Como fotogramas de una película, grabados en mi cerebro.

De cualquier modo que fuese, ya había pasado. Era inútil andar buscando la razón. Pero ahora, al salir del bar, algo más confortado con el *brandy* en mi estómago, traté de recordar aquellas imágenes sangrientas, y me estremecí.

Era como si yo hubiera vivido algo que desconocía. Pude evocar detalle a detalle los horribles aspectos de la escena repetida. Y estuve seguro de algo: la primera vez había visto a un hombre muerto. Un hombre de pelo oscuro, joven quizá. La segunda vez, a una mujer rubia, de cuerpo escultural, semidesnuda, en un apartamento. Sólo un detalle común a ambas escenas. Sólo uno: la sangre...

Me detuve en seco en la esquina inmediata antes de cruzar la calle, con el semáforo en verde para los peatones. Miré a mis espaldas bruscamente.

Vi a la mujer.

Una mujer que me miraba desde la acera, a poca distancia a mis espaldas. No era la primera vez que la veía.

Era la mujer rubia de la escena ensangrentada que acababa de imaginar.

* * *

El escalofrío recorrió mi espina dorsal y llegó a acribillarme con su helado hormigueo la nuca. Mis cabellos se erizaron, estoy seguro.

—¡No es posible! —Mi voz era un jadeo, mi cuerpo sostuvo difícilmente la vertical, junto al mismo ángulo de la esquina.

La mujer ya no estaba.

Su cabello rubio, sus ojos azules, su rostro pálido y suave, su figura alta y espléndida, de firmes curvas, había desaparecido. Toda ella había desaparecido de la acera, como si jamás hubiese estado en ella. Vi a muchos otros transeúntes, caminando indiferentes a mis problemas, sin que ninguno se pareciese, ni de lejos, a la mujer de los cabellos rubios, a la imagen ensangrentada de mis visiones.

Eché a correr. Resueltamente, llegué al punto donde la viera... o creyera verla. Yo no podía estar muy seguro de nada. Algunos me miraron como si yo estuviera loco. Quizá no les faltara razón.

Miré a ambos lados. No había cruce de peatones allí. Sólo una boca de riego.

Ni un vehículo aparcado, que permitiera ocultarse rápidamente

a la mujer. Miré a la fachada del edificio.

Me mostró una amplia puerta de acceso a una serie de plantas destinadas a oficinas, y las vidrieras de una cafetería en la planta baja. Miré a través de los amplios cristales. Ni rastro de la mujer. Tampoco la descubrí a lo largo del amplio vestíbulo que se perdía hacia el fondo, donde una hilera de ascensores subían y bajaban a los visitantes del edificio. Aunque allí hubiera sido más difícil localizarla de una primera ojeada. Entré, por si me era posible dar con ella.

Todo inútil. No la encontré, a pesar de que llegué hasta los propios ascensores. Tuvo que ser muy rápida para evadirse así de mí. O lo había sido, realmente..., o nunca existió, más que en mi imaginación.

Regresé lentamente a la calle, tratando de recordar momento a momento lo sucedido en la acera poco antes. Yo había sentido esa rara sensación de que me miraban por la espalda, de que era vigilado por alguien... Había girado la cabeza.

Ella estaba en medio de la acera. Mirándome con aquellos mismos ojos azules que yo viera desorbitados salpicados de sangre, en una escena aterradora. Creo que entonces debí cerrar un instante mis ojos, alucinado. O miré en derredor un segundo para comprender que no soñaba, que estaba realmente en plena calle y en pleno día.

Luego... ella ya no estaba allí. Tuvo que disponer sólo de dos segundos o tres como máximo para desaparecer de mi vista. Sin un vehículo inmediato, sólo quedaba la cafetería y el edificio de oficinas. Tuvo que huir por allí, pero ¿hacia dónde? ¿Cómo podía ser tan increíblemente rápida en sus acciones?

Regresé lentamente a casa. El sol estaba saliendo de entre las nubes, y sentí un leve dolor en mis retinas. Aún no estaba acostumbrado al exceso de luz. Era mi segundo día en la calle, y los dos anteriores fueron lluviosos y tristes.

Me puse unas gafas de vidrios oscuros que me recomendara utilizar el doctor Lockyer. Y eché a andar hacia Wilshire, para tomar un taxi que me condujera a casa.

Cuando llegué a mi apartamento, la imagen de la misteriosa mujer, real o imaginada, seguía impresa singularmente en mi cerebro. No lograba apartar de mi recuerdo aquellos ojos azules,

misteriosos y profundos, quizá patéticos, como en demanda de un auxilio que yo no comprendía..., pero fríos y taladrantes también, como una extraña acusación que no tenía sentido para mí.

En mi mente, mezclaba la imagen vista en plena calle, la figura airoso de mujer rubia, joven y seductora, con la otra imagen, la de un cadáver hermoso, pero frío, sangrante, víctima quizá de un crimen horrible. Un crimen que sólo debía de existir, por supuesto, dentro de mi cerebro, no en la vida real.

Me llevé un sobresalto cuando apenas descendí del taxi frente a mi casa, una mano se apoyó en mi brazo, y una voz de mujer susurró a mi lado:

—Alan Reeves... Te estaba esperando.

Giré la cabeza, con un estremecimiento, esperando ver de nuevo a la dama fantasma de los ojos azules.

* * *

Rachel Ward nunca tuvo ojos azules. Los suyos eran de un tono ambarino. Estaban fijos en mí, como sorprendidos por mi facilidad de movimientos. Me oprimía suavemente el brazo.

Iba a hablarle con normalidad, cuando recordé algo: ella me creía todavía ciego, como todo el mundo. No había sido informado nadie del milagro quirúrgico del doctor Lockyer.

Era fácil darle una explicación plausible, decirle que las lesiones no fueron tan graves como imagináramos en un principio. Pero opté por no hacerlo. Traté de saber cómo era realmente la mujer a quien estuve a punto de hacer mi esposa.

Y me limité a sonreír débilmente, con mis ojos enmascarados tras las gafas negras que impedían ver su nuevo color. No era aún momento de aplicarse lentillas o cosa así para tomar otro color. El doctor no aconsejaba el uso de nada que tuviera contacto directo con el globo ocular.

—Oh, Rachel... —musité—. Es tu voz. Eres tú...

Me miraba, entre compasiva e indiferente. No capté emoción alguna en su rostro que me hiciera emocionar a mí.

—Por un momento pensé que eras el de antes —suspiró, ayudándome a cruzar la acera—. Veo que era demasiado hermoso imaginarse algo así. Alan, ¿cómo te sientes?

—Bien —dije con firmeza—. Hay que hacerse a la idea, Rachel.

—Sí, claro... —Me miraba de soslayo, preocupada—. ¿Recibiste... mi respuesta?

—Sí —incliné la cabeza. Fingía andar con cierta torpeza, como un invidente.

—Yo... lo siento, Alan. Tenía que hacerlo. Es más noble así. No podría... no podría unir mi vida a... a la de un...

—Un ciego. Un inválido, ¿no es cierto? —Sonreí tristemente—. No te he reprochado nada todavía, Rachel.

—Pero debo explicártelo, hacerte comprender la realidad... Todo ha cambiado, Alan. Todo. Ese maldito accidente... Tus ojos... Tú mismo... ya no eres el de antes.

—¿Por qué no, Rachel? ¿Porque sólo puedo ver la oscuridad? ¿Sólo por eso soy diferente?

—Alan, tú no puedes pensar como yo. Soy una mujer joven, tengo toda una vida por delante y nunca se me ocurrió... que esto podía suceder.

—¿Y si hubiera sucedido... después de nuestra boda, Rachel?

—Oh, no sé... Me hubiera vuelto loca, Alan. No podría soportarlo... He venido solo a... a verte, a saber que, pese a todo, estás bien, que tienes ánimos, moral, ganas de seguir viviendo, luchando...

—Sí, Rachel. Todavía sigo adelante, pese a todo. Aun sin ti —giré la cabeza. La miré. Ni una lágrima, ni un conato de duda. Estaba decidida. Resuelta a dejarme para siempre. No podía sospechar que la vigilaba, que su imagen se reproducía en mis retinas nítidamente. Aun así, desvió la mirada—. Rachel, yo... yo no te voy a culpar de nada. Eres libre de tomar tu decisión. Vete, si quieres. Imagino que encontrarás pronto un hombre capaz de... de hacerte feliz. Estoy seguro de ello. Te deseo suerte. Mucha suerte.

—Gracias, Alan. Eres muy bueno, muy generoso —sus dedos se hincaron en mi brazo. Besó mi mejilla sin lograr hacerme temblar—. Quisiera que lo entendieras alguna vez, que puedas justificarme. Yo... yo creo que Waldo es un gran chico. Me ha pedido... me ha pedido que me case con él. Adiós, Alan. Nos veremos otro día... Bueno, quiero decir que... vendré a verte.

Se marchó. Rápidamente, como culpable que huye de su delito, tras dejarme en el umbral de mi *bungalow* en las colinas de Hollywood. Sin aliento. Sin que la sangre pareciera discurrir por

mis venas. Anonadado.

Waldo Carpenter y ella... Mi mejor amigo, y ella. Todos eran igual. Todos huían del barco que se hunde. Como las ratas.

Entré en el *bungalow*. Cerré tras de mí, lentamente. Me dispuse a quitarme las gafas oscuras, ya inútiles en la intimidad de mi hogar.

Inmediatamente, sentí el roce a mis espaldas. El crujido sobre el suelo. Giré la cabeza, sobresaltado, intuyendo la presencia de alguien tras de mí.

Sólo tuve tiempo de ver la sombra humana agazapada, saltando sobre mí. Y el arma, un largo, afilado cuchillo, centelleó como un relámpago en la penumbra, al descender hacia mi garganta.

CAPÍTULO IV

ANGUSTIA

De haberme alcanzado como era su propósito, hubiera sido la muerte inmediata. Era un golpe para degollarme en el acto.

Pude evitar el tajo mortal, pero no que rozase mi cuello y quijada, produciendo un chirriante corte del que fluyó inmediatamente la sangre. La sentí correr, cálida y espesa, por mi cuello y ropa.

Pero no podía hacer demasiado caso de la herida ni de sus consecuencias. Tenía que evitar otro golpe de muerte. Del modo que fuese. El cuchillo volvía a levantarse en la mano enguantada de mi desconocido agresor.

Ni siquiera podía ocuparme en identificar al misterioso personaje, puesto que la hoja de acero ocupaba toda mi atención. Esta vez, aferré una silla y la enarbolé por el respaldo, levantándola en el momento justo. El arma se hincó en el tapizado del mueble, desgarrándolo. Yo contraataqué, descargando un silletazo formidable sobre mi enemigo.

Le oí gemir de dolor. Las patas de la silla se desprendieron violentamente. Vi trastabillar a mi atacante, aturdido por el golpe, allá tras el sofá que, cerca de la puerta de entrada, le había servido de parapeto donde esperar mi llegada y asestarme la cuchillada que pudo haber sido mortal de necesidad.

Se agazapó, mientras yo soltaba la silla rota y me disponía a atacarle directamente; con mis propias manos, ahora que estaba desarmado. Borrosamente, advertí que llevaba una prenda oscura sobre sí, quizá un largo impermeable negro. Teniendo en cuenta

que había lloviznado hasta poco antes, no llamaría mucho la atención en las calles. Pero su rostro, lo que yo deseaba realmente ver, me era imposible apreciarlo, dada la forma en que parecía ocultarlo, bajando su cabeza cuanto le era posible. Llevaba un sombrero negro, flexible, de tejido impermeable para la lluvia, no sé si por el clima o para enmascarar su identidad.

Miré el interruptor de la luz eléctrica, dado que la penumbra era muy intensa en mi *bungalow*, a causa de las persianas casi cerradas. La claridad lo inundó todo.

Pero yo había olvidado ya que mis ojos no estaban habituados a tan bruscos cambios de luz, y fui el primer perjudicado con el resplandor. Parpadeé deslumbrado. El intruso lanzó un gruñido y, sin pérdida de tiempo, corrió hacia la puerta posterior del edificio, la que daba al jardincillo.

Me apresuré a ir tras él, pero, torpemente, tropecé con un taburete y una mesita de centro, derribándolos, y perdiendo yo también el equilibrio. Luego, me rehíce, y corrí hacia la puerta de atrás, justo cuando mi atacante misterioso le cruzaba, en franca huida.

Aun así, llegué al jardincillo. Estaba nublándose de nuevo. El agresor corría por entre los arbustos y flores, agazapado. De repente, giró la cabeza hacia mí. Y su mano enguantada. Empuñaba una pistola automática, cuyo cañón prolongaba el feo cilindro de un silenciador.

Me tiré de bruces en el suelo húmedo del jardín, junto al porche. Sonó un ahogado sonido, un «ploc» que yo solamente había oído antes en mis películas de televisión. Pero esta vez se disparaba con bala. Oí zumbiar al proyectil sobre mi cabeza. Y se hincó en la madera del porche, no lejos de mí.

Eso me quitó todo ánimo de seguir a la carrera en pos de mi agresor.

Eso... y el rostro del desconocido, cuando se volvió a mirarme.

Era una calavera. Una amarillenta, descamada y horrible calavera de vacías cuencas, bajo el sombrero negro para lluvia.

* * *

Contemplé el recinto de los Estudios International, al pie de la colina donde yo residía. Una vez, aquello fue la International Films

Production, y sus películas llenaban las salas de todo el país, en pleno auge del star system y los grandes filmes «de reparto», como se llamaba a la reunión de dos grandes actrices y tres grandes actores en un mismo cast.

Todo eso era ya historia. Todo Hollywood empezaba a serlo. Ahora, eran solamente los Estudios de la International Televisión Production. Parecía lo mismo. Pero no lo era.

Me aparté de los lindes de mi jardín, en su parte posterior. Dejé de darle vueltas al asunto. Lo cierto es que el agresor había escapado. No podía perseguir a un criminal armado de pistola con silenciador. Yo iba desarmado. Además, su rostro me había desconcertado por un momento. Luego, comprendí que sólo podía ser una máscara.

La máscara de una calavera. Como pudo haber sido otra cosa. Un medio de ocultar la identidad. Había abundantes máscaras de todo tipo a la venta, especialmente en Los Ángeles, en Hollywood, en Santa Mónica... Desde los rostros del celuloide rancio, como Laurel y Hardy o en insufrible «Fatty», hasta máscaras de los personajes de terror, desde Frankenstein hasta Drácula. Una calavera era una más, y de las más vulgares. Casi me consideré un imbécil por haberme dejado influenciar durante unos segundos por tan infantil recurso.

Pero algo había de cierto, mucho más terrible que una careta de goma de medio dólar. Alguien intentó asesinarme en mi casa. Un degollador misterioso estuvo a punto de cortarme el cuello de oreja a oreja, en la mayor impunidad.

¿Por qué? ¿A quién podía preocuparle mi vida o mi muerte? Nunca hasta ahora me sucedió nada parecido.

Mi regreso al interior del *bungalow* fue lento, meditativo. De no haber sido por la silla rota, los muebles volcados, el cuchillo hincado en la tapicería... y la sangre corriendo por mi cuello y mis ropas, hubiera jurado que todo fue un sueño. Una pesadilla más.

Me detuve en seco, tras asegurar con pestillo la puerta trasera.

Una pesadilla...

¿Otra? No, esta vez no. Y si esto no lo era..., ¿lo fueron las anteriores? Dos visiones de personas muertas, ensangrentadas, con ojos desorbitados, quizá degolladas..., ¿fueron alucinaciones? ¿O no?

Y la mujer... La mujer rubia, en la calle de Los Ángeles...

—Dios mío —noté un leve escalofrío—. ¿Qué está sucediendo? Entonces sonó el teléfono.

Lo miré, aturdido, como sonámbulo. Sin reaccionar, pese a su insistente timbrado. Eché a andar hacia él. Lo descolgué con cierta brusquedad.

—Alan Reeves —dije secamente—. ¿Quién llama?

—Soy yo, señor Reeves —me respondieron.

Era una voz de mujer. Una voz profunda, cálida, extrañamente intensa. Me resultó desconocida, por mucho que me esforcé en identificarla.

—¿Quién es usted, por favor? —demandé—. Temo no conocerla...

—Me conoce, señor Reeves —siguió aquella voz femenina, extraña y como lejana—. Me conoce usted ya. Me ha visto. ¿Acaso ha podido olvidarme ya? Nos vimos hoy, en la calle...

Un súbito relámpago de lucidez. La mujer rubia, de ojos azules. La dama fantasma. Era ella. No podía ser otra. Aferré con fuerza el teléfono. Sentí de nuevo el sudor perlando mi frente.

—¿De qué está hablando? ¿Por qué me sigue? Nunca la vi antes de ahora. ¿Qué pretende con todo esto? —Noté que mi voz era ronca e insegura al hablar.

—Señor Reeves, ¿de qué tiene miedo? Sólo me ha visto en una calle... ¿O quizá me vio en realidad antes de ese momento, en alguna otra parte? ¿Es eso lo que le asusta, señor Reeves?

—No me asusta nada —rechacé airado, aunque tenía mis dudas al respecto—. Si pretende usted impresionarme, pierde su tiempo. Además, acaban de intentar asesinarle. De modo que avisaré a la policía. Y usted no va a quedar fuera de mi denuncia, sea quien sea.

—De modo que intentaron asesinarle... —La voz de mujer reflejó terror, o quizá fue mi imaginación la que lo interpretó así—. Señor Reeves, está en peligro. Puede usted morir como murió él...

—¿El? —repetí, sorprendido—. ¿A quién se refiere?

—Al hombre cuyos ojos lleva usted ahora, señor Reeves —fue la extraña respuesta—. ¿O es que no ve usted las mismas cosas que antes viera el muerto?

Clic.

Habían colgado. El teléfono emitió la señal de línea

interceptada. Apreté los labios. Colgué lentamente, bajo el impacto emocional de aquella llamada asombrosa. La voz de mujer parecía repetirse en ecos, bajo la bóveda de mi cráneo.

«Puede usted morir como murió él...». «El hombre cuyos ojos lleva usted ahora...». «¿Es que no ve usted las mismas cosas que viera antes el muerto?».

Tuve sólo unos momentos de duda. Muy breves. Luego, volví a descolgar el teléfono, tras enjugar un poco la transpiración de mi rostro.

—Por favor, señorita, póngame con la policía —pedí a la central telefónica, tras marcar el número de información—. Es urgente.

Se llamaba Desmond Cox. Era teniente de policía de la ciudad de Los Ángeles.

Era vigoroso, pero no muy alto. Tenía un rostro ancho y rudo, pero sus ojos, grises y estrechos, parecían inteligentes. Escuchó mi historia sin pestañear. Mi historia, naturalmente, se limitó a relatar mi accidente de coche, la curación de mis ojos, sin entrar en los detalles que el doctor Lockyer quería mantener aún secretos, y mi llegada a casa, hallando en ella a un agresor de instintos homicidas. Luego, le hablé de una mujer rubia que parecía seguirme, de su llamada telefónica..., pero sin mencionar los ojos del muerto.

No me hizo muchas preguntas. Recorrió el *bungalow*, el jardín, los alrededores, miró en torno minuciosamente, estudió el cuchillo, la silla rota, y también mi corte en el rostro, que yo mismo había cubierto con un apósito, tras cortar la hemorragia superficial. Sacudió al fin la cabeza, pensativo. Mi herida sangraba de nuevo.

—Vendrá conmigo —dijo—. Un médico le pondrá ahí uno o dos puntos como mínimo, señor Reeves. Luego, me firmará una denuncia en regla por intento de homicidio contra persona o personas desconocidas... Por cierto, esos Estudios cinematográficos, al pie de la colina, ¿son, quizá, aquéllos donde usted presta sus servicios de guionista?

—Sí —afirmé—. La International, teniente. Yo trabajo ahí. ¿Por qué lo pregunta?

—Oh, por nada. Se me ocurrió la idea de que ese disfraz de su agresor tenía mucho de... de cinematográfico, de película de terror de la serie «B» o «C». Algo así como el Fantasma de la Opera o el monstruo del Museo de Cera, ¿no se le ocurrió a usted pensarlo,

siendo escritor de guiones para la televisión?

—No —confesé—. No se me había ocurrido. Ni creo que tenga nada que ver con mi trabajo todo lo que está ocurriendo ahora, teniente.

* * *

—¿Ah, no? —Me miró con rapidez, muy astuta si expresión—. ¿Por qué está tan seguro de eso, señor Reeves?

—Bueno, no es que esté seguro, pero... —Me eché un poco atrás—. ¿Qué motivo tendría nadie para asesinarme así? Soy soltero, no tengo familia, acabo de romper con mi prometida...

—¿Ha roto su compromiso? —preguntó él, incisivo—. ¿Cómo es eso?

—Bueno, mi novia pensó que yo iba a quedarme ciego de resultas del accidente de coche. Se precipitó, demostrando pronto su egoísmo. Ahora parece que eligió a un amigo mío. No le guardo rencor. Es mejor conocer a tiempo a las personas, teniente.

—¿Tan grave fue su accidente? —Se acercó a mí, curioso, escudriñando mis ojos—. No veo serias lesiones en su cara ni en sus ojos, salvo algunos cortes alrededor...

—Los médicos temieron lo peor en el primer momento. Algo del nervio óptico, creo —mentí con frialdad—. Luego, el tratamiento resultó y volví a la normalidad. Para entonces, ya había descubierto la clase de mujer que era mi novia. Y todo acabó entre nosotros. Pero no existen problemas en mi vida. No tengo enemigos. No estoy mezclado en nada que justifique un crimen. Puede que fuese todo un error, teniente.

—¿Un error? ¿Y una mujer desconocida le sigue a usted y le previene que se cuide en lo sucesivo? —Meneó la cabeza, dubitativo. Tomó su sombrero—. Vamos por favor. Quiero que le atienda un médico y me firme esa declaración, señor Reeves. Investigaremos su caso no lo dude.

Le seguí. Al salir del *bungalow*, observé algo que no había notado antes. En mi buzón había un voluminoso envoltorio en papel manila, dirigido a mi nombre. Sin franqueo. Eso quería decir que fue depositado personalmente en el buzón.

Lo tomé, mientras subía al coche oficial del teniente Cox. Un policía de paisano conducía. Nos sentamos ambos atrás. Yo miré el

paquete, dubitativo. La letra era mayúscula, con trazo de rotulador negro. No conocí la caligrafía, pero era cuidada y pulcra.

—Bien, ¿no abre su correspondencia, señor Reeves? —sonrió el teniente—. Por mi parte, no tengo inconveniente en que lo haga.

—Sí, gracias —asentí, despegando la solapa del sobre color ocre. Extraje algo. Me quedé mirándolo con cierta sorpresa y desorientación.

Era un periódico doblado. Un ejemplar de Los Ángeles News. Enarqué las cejas. Yo no estaba suscrito a ningún periódico. Sólo a una publicación técnica de televisión y cinematografía. Desplegué el diario. Los titulares hablaban de problemas en Oriente Medio, casi como siempre. El teniente Cox hizo notar algo, con tono brusco:

—Es raro. No vi ese paquete a mi llegada. Sin embargo, debía de estar ahí. Ese periódico tiene varias fechas de retraso...

Sorprendido, comprobé ese extremo. Era cierto. Databa de tres fechas atrás. Me estremecí. Tres fechas, precisamente. El periódico del día de mi operación en el hospital...

Mis ojos se habían detenido en otro titular, éste situado en las tres últimas columnas de la primera plana, bajo los titulares principales del día.

Sentí un repentino sobresalto. Mis ojos no se desviaban de aquellas gruesas letras impresas. Mis manos temblaron.

«ASESINO EJECUTADO. DARREN BURROWS,
ANTIGUO ACTOR CINEMATOGRAFICO, MUERE EN
LA CÁMARA DE GAS. ULTIMAS HORAS DEL
CONDENADO. EXCLUSIVA».

* * *

Darren Burrows. Actor de cine y televisión. Mediocre actor. Acusado de doble homicidio. Ejecutado en la cámara de gas. Una de las últimas ejecuciones en el Estado de California, antes de suspender la pena capital a la espera de una decisión definitiva sobre tan discutida represión jurídica.

Darren Burrows. Joven todavía. Dado a beber y a consumir drogas. Un deshecho humano a los treinta y nueve años. Llevaba

casi seis de ostracismo, olvidado por los productores, los realizadores y el propio público. Luego, momentáneamente, su muerte en la Penitenciaría del Estado, lo mismo que su previo procesamiento, habían traído tristemente a la actualidad su nombre, una vez más. La última.

No importó que alegase inocencia hasta el último momento. Las pruebas eran concluyentes. Se le condenó a muerte por el asesinato de su esposa y de un común amigo de ambos, y ni siquiera se pudo aludir a la eximente de obcecación o crimen pasional, porque aunque las víctimas fuesen amantes, los motivos del doble homicidio eran otros: el producto de un robo sensacional, cometido meses atrás en Los Ángeles.

Un robo en el Hospital General de la ciudad. Estupefacientes por valor de medio millón de dólares, desaparecidos del almacén de medicinas del establecimiento sanitario. Roy Blake era el encargado de ese almacén. Desapareció al cometerse el robo. Luego se empezó a murmurar que tenía amistad con los Burrows. Por entonces, la esposa de Darren obtuvo el divorcio de su marido. Se la vigiló a ella, pensando que podía ser cómplice o encubridora en ese robo de medicamentos narcóticos. Todos olvidaron a la piltrafa humana que era Darren. Hasta que, de repente, ambos fueron hallados sin vida, asesinados por alguien, y se encontraron algunas muestras de medicinas robadas en un maletín de Roy Blake... que resultó ser propiedad de Darren Burrows.

Se siguió esa pista. Se arrestó al actor. En su casa se hallaron más drogas de aquel robo en el hospital. Posteriormente, en una vieja canoa alquilada a su nombre, se halló una gran parte del botín. Se descubrió que Darren tenía en su poder una considerable suma de dinero. Y el arma con que fueron asesinados los dos supuestos cómplices.

Negó que tuviera nada que ver en el doble crimen, aunque admitió estar complicado en el robo de narcóticos. No le sirvió de nada. Fue condenado. Y ejecutado.

Ésa era la historia que leí en el periódico, mientras el teniente Cox me conducía a presencia de un médico de la policía, primero, y luego a su despacho en el Departamento de Policía, para firmar mi denuncia contra un desconocido agresor.

Tuve la sensación de que, mientras leía, el teniente, Desmond

Cox no quitaba sus ojos de mí, vigilándome estrechamente. Pero no hizo comentario alguno, ni siquiera al extraño hecho de que yo hubiera recibido personalmente en mi buzón un periódico de varios días atrás.

Ahora estaba recordando la historia de Darren Burrows. Nunca fue un buen actor ni tuvo demasiada suerte. Su final tampoco era envidiable, ciertamente. Pero todo eso, a fin de cuentas, no era lo que me preocupaba. Lo extraño, lo inquietante, era que hubiese sido ajusticiado precisamente la misma madrugada en que yo...

Detuve mis pensamientos. Clark Howard, del Departamento de Personal de los Estudios Internacional, acababa de entrar en la oficina donde yo le esperaba. Me sonrió, tendiéndome un sobre grande, color amarillo oscuro, con un apellido y un nombre, escritos a máquina, bajo un número de orden sellado en rojo:

BURROWS, Darren 782.

—Esto es lo que querías, ¿no, Alan? —me preguntó, poniendo el sobre en mis manos—. Espero que te sea útil. Sigue archivado por simple rutina, no porque ya tenga validez alguna para nosotros. En realidad, dejó de tenerlo hace muchos años, bastante más atrás de su arresto y proceso. Darren Burrows dejó de actuar ante las cámaras hace tiempo. Era un espectro en vida.

—Sí, lo sé —asentí, tomando el sobre en mis manos. Lo abrí, sintiendo que los dedos temblaban ligeramente—. Te lo devolveré en seguida, Clark. Es sólo una simple comprobación...

Extraje un *dossier* de su interior. Apenas lo abrí, lo primero que vi de Darren fue su fotografía a gran tamaño, en color como era obligatorio que todos los actores se la facilitaran a los productores, para su archivo del Departamento de Personal y Producción.

Contemplé el rostro todavía joven de Darren Burrows, el hombre ejecutado en la cámara de gas la misma noche en que yo fui intervenido quirúrgicamente por el doctor Lockyer.

Tenía los ojos verdes.

CAPÍTULO V

SANGRE

—¿Darren Burrows, dice? ¿Un condenado a muerte?

—Sí, doctor Lockyer. Eso dije.

—¿Por qué me pregunta eso?

—Usted sabe bien por qué. Son sus ojos los que llevo yo ahora, ¿no es cierto, doctor?

Gordon Lockyer pareció en un apuro. Me miró disgustado. Sacudió su canosa cabeza, ensombreciendo el gesto de modo ostensible.

—Le pedí que nunca preguntara, Reeves. Usted me prometió que...

—Sé lo que le prometí, doctor. Pero esto es diferente. Muy diferente.

—¿Diferente? —Enarcó sus cejas—. ¿Por qué?

—El donante no era una persona normal. Era un condenado a muerte. Un reo por asesinato.

—Aunque hubiera sido ése el caso, ¿qué podría importarle, Reeves? Usted necesitaba unos ojos, yo precisaba un donante. Eso sólo puede donarlo alguien que va a morir. Quien sea la persona, cual sea la causa de su muerte... ¿en qué afectaría a unos ojos trasplantados a otra persona?

—Doctor, yo sé que pueden afectar —musité roncamente—. Han intentado asesinarme sin que sepa la razón. Una mujer desconocida me sigue y me llama por teléfono. Tengo extrañas visiones...

—¿Visiones? Eso no tiene sentido...

—Doctor, yo veo a dos personas degolladas. Un hombre y una

mujer. Ese hombre, Burrows... mató a su esposa y a un amigo. ¡Los degolló, tal y como veo en mis sueños! Y ella era rubia, de ojos azules... como la mujer que yo veo, como la mujer que me sigue...

—Reeves, usted está alterado —me miró con preocupación el cirujano—. Puede que la operación le haya afectado más de lo que imaginé... Sería mejor hacerle un examen completo y decidir si...

—Doctor Lockyer, no va a convencerme de que estoy loco ni de que veo visiones —atajé bruscamente—. Esa mujer existe, como existió su llamada, como existió el agresor que pretendió matarme y me causó esta herida que usted ve. Y como hubo alguien que dejó un periódico del día de la ejecución en mi buzón particular. La policía ya sabe todo eso. He presentado la denuncia. Y ninguno de ellos pareció tomarme por loco.

—Yo no dije eso, Reeves. Sólo la posibilidad de una psicosis, de algún complejo...

—No puede haber psicosis porque yo IGNORABA de quién eran esos ojos... y ya veía esas imágenes. Son como fotogramas en la retina... ¡Es como si las pupilas de Burrows pretendieran retener algo que vieron, y me lo transmitiesen a mí!

—¡Eso es absurdo! —rechazó el médico, irritado—. Los ojos carecen de memoria, de cualquier capacidad de retención. Se limitan a servir de vehículo para que el cerebro capte las imágenes. Clínicamente, eso es un disparate total y usted debería saberlo. Algún trastorno psíquico le hizo ver cosas que no son, simplemente.

—No me va a convencer de su punto de vista, doctor. Sólo quiero estar seguro de algo: ¿fue Darren Burrows mi donante? ¿Lo fue?

Nos quedamos mirando el uno al otro. Larga, profundamente. Con una tensa expresión de duda. Estaba seguro de lo que pasaba por su mente. No quería ceder. No quería revelarme la verdad tan celosamente guardada, la que científica y profesionalmente significaba tanto para él. La que, psicológicamente, podía significar también tanto para mí...

El doctor Gordon Lockyer entornó los ojos. Le oí respirar hondo. Yo ni siquiera creo que respirase. Seguíamos mirándonos. Acechándonos casi. En silencio. En tensión.

Por fin, él bajó la cabeza. Oí su voz apagadamente, como un lejano murmullo vencido y triste. Evidentemente, le dolía mucho

confesar aquello. Pero lo hizo:

—¿Necesita que le dé la respuesta, realmente, Reeves?

No me miraba. No hacía falta. A veces, no hace falta dar una afirmación. Ni una negación. Yo le entendí. Y él sabía que yo le entendía. Era bastante.

—Ya veo, doctor —murmuré gravemente—. Ya veo... Lo sabía. Lo había sabido durante todo este tiempo... Estaba seguro de ello, doctor.

—Lo siento. De veras siento que las cosas hayan llegado a este punto, Reeves. Pero lo que usted dice no tiene sentido. Nadie puede sentirse influenciado por un órgano ajeno que le trasplanten. No es una parte de la mente humana. Es... sólo eso: un trozo del cuerpo, un algo sin sensibilidad propia. No se deje influenciar por esa idea, por ese ridículo pensamiento... Podría terminar siendo una obsesión. Una obsesión capaz de destruir su mente, de hacerle entrar en el difícil terreno de la esquizofrenia...

—No tema —dije roncamente—. No me siento influenciado en absoluto. Pero ahora que sé de quién son estos ojos... me pregunto si no hay algo... Sí, doctor, ALGO que escapa a su entendimiento y al mío, a su Ciencia y a mi comprensión...

El rostro del doctor Lockyer se estiró. En sus ojos hubo algo inquieto, vacilante, tras las gafas de montura metálica y gruesos vidrios levemente coloreados de amarillo.

—¿Qué quiere decir con eso, Reeves? —Casi me exigió bruscamente.

—No lo sé exactamente. No aún, doctor. Pero lo intuyo. Lo presiento. Hay algo que usted y yo no entendemos bien todavía...

—Eso ya lo dijo Shakespeare en Hamlet —se lamentó el cirujano—. No es muy original su comentario, Reeves.

—Lo siento. Aunque lo dijera ya Shakespeare, encaja en nuestro momento. Usted no es Horacio. Ni yo soy el príncipe de Dinamarca. Sin embargo, es evidente que su ciencia, su filosofía o como quiera llamarla, no explica todo lo que sucede ahora. Yo he visto dos escenas que jamás vi ni siquiera sospeché. Nadie me había informado de ellas tampoco. Sin embargo, ha ocurrido. Yo lo sé. No me importa que me crean loco. No lo estoy. Unos ojos que no fueron míos, me han revelado cosas que yo nunca había visto. Por tanto, debo creer que, de algún modo, el muerto influye en mí.

—¡Eso es una locura!

—Usted dice eso. Yo no admito que esté loco, ni mucho menos. La prueba es que siempre he sido un escritor vulgar, metido en una vida vulgar, sin relieve ni problemas. Y, de repente, alguien intenta asesinarme. Un ser con máscara de calavera entra en mi casa y trata de degollarme. Eso no es normal. No encaja en mi vida, en la mía propia..., pero sí en la de alguien llamado... Darren Burrows, por ejemplo.

Siguió un profundo silencio. Nos miramos todavía un instante. Ya no hablamos. No hacía falta. Él no me creía. Yo no aceptaba sus explicaciones. Eran dos posturas antagónicas.

No nos pondríamos de acuerdo. No valía la pena discutirlo. Salí de allí. El doctor Lockyer no dijo nada. Yo tampoco. Abandoné el hospital.

Ya antes de llegar allí, sabía positivamente que mis verdes ojos actuales, sólo podían ser de un donante: Darren Burrows, ejecutado en la cámara de gas por doble asesinato...

El edificio aséptico del hospital quedó atrás. Avancé hacia el aparcamiento donde había un estacionamiento de taxis. No llegué allí. Alguien me detuvo primero.

—Señor Reeves, por favor —dijo una voz—. ¿Quiere acercarse un momento?

Me aproximé a un largo y lujoso modelo blanco de «Chevrolet». Al volante, iba un hombre pequeño, gordo y de aspecto fofa, vestido con un terno azul oscuro y corbata gris clara. Me miró risueñamente, con un gesto ampulosamente cordial.

—¿Qué desea de mí? —pregunté secamente—. No le conozco en absoluto.

—Deseo hablar con usted brevemente. Por favor, ¿quiere subir al automóvil? Le conduciré adonde usted me pida...

—Está bien —acepté, tras una mirada de recelo al desconocido—. Subiré. Pero antes, quisiera saber con quién hablo...

—Soy Ewen Hayward —me mostró una credencial—. Detective privado.

—Ya —entorné los ojos tras mis gafas oscuras. Aquellos ojos que empezaban a ser mi problema, mi gran tragedia quizá—. ¿Por qué supone que debo acompañarle?

—Porque usted será quizá el primer interesado en conocer las

razones que tengo para venir a buscarle, señor Reeves.

Debí mostrarme imperturbable, porque no vi en él reacción alguna al estudiarme. Terminé encogiéndome de hombros.

—Hasta ahora, no tuve tratos con personas como usted —declaré—. ¿Por qué habría de tenerlos ahora?

—Quizá porque ya no sea usted el mismo, señor Reeves... —sonrió su cara de luna llena—. Al menos, no en todo... ¿Me comprende?

Escudriñé su rostro. No me caía simpático. Ni quizá tampoco lo pretendía él. Parecía astuto. Y frío. No me gustó. A pesar de ello, sabía cosas. Cosas que sin duda me gustaría conocer. Abrí la portezuela por el lado opuesto a aquel que ocupaba él, ante el volante.

—Le comprendo —dije—. Habla de mis ojos, ¿no es cierto?

—Exacto —rió entre dientes, poniendo el coche en marcha, suavemente—. De sus ojos. Mejor dicho, de los ojos de Darren Burrows...

* * *

—Parece que mucha gente conoce ya el secreto médico...

Le oí reír mientras conducía por las amplias avenidas de Los Ángeles, hacia el lugar que yo le indicara. Tampoco me gustaba su risa. Era viscosa. Como él mismo.

—Hay cosas que no pueden mantenerse secretas, señor Reeves —me respondió—. Una de ellas es su operación. Basta sumar dos y dos. Siempre da cuatro. El asesino fue ejecutado la misma noche de su entrada en el quirófano. Un detective conoce cosas así. Forman parte del oficio. Usted parece ser que estaba desahuciado horas antes. Iba a quedarse ciego. De hecho, lo estaba. De modo que sumé dos y dos...

—Sí, y obtuvo cuatro —suspiré—. Ya lo ha dicho antes. ¿Para quién trabaja, señor Hayward?

—Por Dios, eso forma parte del secreto profesional —soltó una desagradable carcajada de suficiencia y sarcasmo—. No espere que se lo diga. Pero mi cliente va a ser informado de lo que sucede, por supuesto. Sin embargo, yo investigo otras cosas en este momento. Todas relacionadas con... con el donante de sus ojos. Y quizá con usted mismo, señor Reeves.

—¿Por qué conmigo? Yo ni siquiera conocí jamás a ese hombre. Todo mi contacto con él es puramente accidental...

—¿Le llama accidental a llevar sus ojos después de haber muerto él? —rió entre dientes burlonamente—. Yo diría que eso es algo que, quiera usted o no, le liga a la propia vida de un hombre que ya no existe... y quizá a todo lo que significó para los demás.

—Es absurdo —rechacé, aunque no estaba seguro de mis propias afirmaciones—. Usted sabe que un trasplante de ojos no es más que un injerto quirúrgico, como puede serlo el de un órgano cualquiera. No va más allá. No puede ir.

—¿Por qué lo afirma tan enérgicamente? —Me miró, burlón—. Es como si quisiera convencerse usted antes de convencerme a mí, señor Reeves. Lo cierto, es que salía del hospital ahora. ¿Por qué ha vuelto aquí? ¿Le tortura el hecho de tener los ojos de un ajusticiado dentro de sus cuencas, antes vacías?

No me gustó su tono. Ni sus palabras. Le miré, irritado. En ese momento se detenía en un semáforo, a la altura de Sunset. Rápido, abrí la portezuela. Me miró con sobresalto, y creo que hasta intentó sacar algo de debajo de su chaqueta, para intimidarme. No era difícil imaginar que se trataría de un arma de fuego. Pero no llegó a extraerla. Yo pisaba ya la calzada. Algunos automovilistas miraron. También un agente de tráfico, intrigado.

—No me gusta usted, Hayward —le dije—. No me gusta nada su persona ni sus palabras. Seguiré por mis propios medios hasta los Estudios adonde usted me llevaba ahora. No tiene que molestarse.

—No es molestia, señor Reeves —dijo con aspereza—. Suba. Le llevaré.

—No, gracias. Ya le dije que seguiré mi propio camino. Espero no verle de nuevo.

—Eso será difícil. Nos veremos —no supe si era una sugerencia o una amenaza. Su cara de gordinflón grotesco me contemplaba con expresión malévola. Sus ojos pequeños eran dos destellos fríos. Ya no reía. Posiblemente ni siquiera había deseado reír con sinceridad en ningún momento—. Nos veremos, señor Reeves, y a usted no le gustará verme quizá...

—Lo que no me gustan son las amenazas —repliqué con acritud—. Dígaselo a su cliente. Y dígame también que no toleraré más agresiones contra mi persona. Si alguien desea matarme... es

posible que sea yo quien termine con él. A lo mejor los ojos de un asesino son capaces de convertirme a mí en otro asesino, Hayward...

El disco del semáforo había cambiado. Estaba en verde para los vehículos. Hayward pisó el acelerador al arrancar. No respondió a mis palabras. Pero su gesto era duro, agresivo. Incluso inquietante. Cuando ya se alejaba el coche de mí, creí oírle alguna palabra. No podía estar seguro. Pero creí escucharle:

—¡Peor para usted! ¡Le pesará, Reeves!

Cuando quise darme cuenta, el coche blanco, reluciente y costoso, estaba ya lejos. Me alejé hacia otra esquina. Llamé a un taxi. Momentos después, rodaba hacia los Estudios International.

* * *

—¡Alan! ¿Pero qué haces tú por aquí? Te imaginaba todavía hospitalizado...

—Ya ves que no lo estoy —contemplé a Waldo, al nervioso e inquieto Waldo Carpenter a través de las oscuras gafas que enmascaraban mis ojos—. Por el contrario, llevo ya algunos días dado de alta. He vuelto a la vida, ya lo ves.

—Sí, claro, pero... —Me estudiaba con la expresión compasiva de quien se ve ante un hombre disminuido, fracasado, roto—. Alan, yo... hubiera querido ir de nuevo al hospital, pero el trabajo... Estamos rodando dos filmes a la vez. Algo agotador, tú sabes...

—Yo lo sé muy bien, no tienes que explicármelo —paseé lentamente, como si caminase con la rigidez de los ciegos. Tropecé incluso con un mueble del plató donde ahora rodaba Waldo un estúpido telefilme sobre una modélica familia americana del siglo pasado—. Lo cierto es que los médicos se portaron muy bien conmigo en este tiempo... Ah, por cierto, ¿cómo está Rachel?

—¿Rachel? —Tragó saliva. Se frotó las palmas de las manos nerviosamente, y supe que debía tenerlas húmedas—. Bueno, está bien, sí... Ya me enteré de... de todo. Debes disculparla, Alan. Las mujeres son egoístas. Quizá sea mejor así...

—La disculpé ya, apenas supe su mensaje, Waldo. Pero sé algo más: ella te ha elegido a ti, ¿no es cierto?

—Bueno, Alan, yo... —Tosió, enrojeciendo.

Desvió la mirada, como si mis ojos le taladrasen, pese a

imaginarme ciego todavía. Alan, es una situación horrible, créeme. Quisiera justificarme y no lo consigo. Ella... ella, se sintió sola, me pidió ayuda, consuelo... y no sé cómo... sucedió. Me sentí tan próximo a ella... Y Rachel es tan... tan atractiva, tan subyugante...

—No tienes que explicármelo —reí cínicamente, moviéndome con la rigidez de los invidentes—. De todos modos, os deseo suerte a ambos. Y felicidad.

—¡Alan! —se escandalizó él, asombrado por mi respuesta.

—No he venido por ti ni por Rachel. No, Waldo. Eso pasó ya. Quería hablarte de otras cosas mucho más importantes para mí en estos momentos.

—¿Mucho más importantes que... que Rachel? —dudó él, perplejo.

—Supongo que sí. Se trata de mi vida, Waldo. No quisiera perderla. Es todo lo que me queda. Y estuve a punto de morir en mi propia casa.

—Pero... ¿qué dices?

—Un asesino trató de matarme. Llevaba una máscara rara, un rostro de calavera. Un testigo me informó de ello al verle huir... He recordado que en estos días se rueda aquí un telefilme de la serie de terror «Al filo de medianoche». Y un actor interpreta a la Muerte. Llevaba esa misma cara cuando les vi rodar la semana pasada...

—Oh, eso... —Hizo un gesto ambiguo—. Sí, es en el otro set. Se trata de Marty Wilder. El hace el papel. Hay varias máscaras de calaveras, espectros y todo eso... Pero no significa nada, supongo. ¿O tal vez... sí?

—Tal vez sí. En estos mismos Estudios trabajó un hombre llamado Darren Burrows, ¿no es cierto?

—Sí, pero... Darren Burrows dejó el cine hace años. Está muerto, Alan. Ajusticiado...

—No lo he sabido hasta hace poco. Ese hombre mató a dos personas. Es posible que tenga algo que ver conmigo.

—¿Contigo, Alan? —vaciló Waldo Carpenter, mirándome sorprendido—. ¿De qué conocías tú a Burrows? Ni siquiera coincidisteis en estos Estudios, que yo recuerde...

—Pero ocurre algo que ha unido un poco nuestros destinos, Waldo... —Me detuve, cuando a mis espaldas sonó un leve taconeo. Miré de soslayo hacia un foco apagado. En su vidrio, como un

espejo, capté la figura que venía hacia nosotros, y que se detuvo a mis espaldas, súbitamente, como petrificada por mi presencia.

Era ella. Rachel Ward. Mi antigua prometida. La mujer con quien pude haberme casado, de no mediar el accidente de automóvil. Se quedó mirando a mi espalda. Luego, miró a Waldo. Le hizo gestos vivos, como buscando desesperadamente su ayuda.

Él no hizo un solo gesto. No trató de responderle con señas. Estaba rígido, fingiendo una sonrisa. Luego, quizá temiendo que el silencio durase demasiado y yo, en mi presunta ceguera, sospechase algo, habló forzando una sonrisa:

—Oh, Rachel, querida, ven... Ven aquí. No temas nada. Alan no ha venido a reprocharnos cosa alguna. Parece interesado por otros problemas que no entiendo muy bien. Quizá tú puedas ayudarme a entenderle un poco...

—Alan... —Llegó junto a mí, y por el cristal del foco vi que parecía insegura y temerosa—. Alan, no esperaba encontrarte aquí ahora...

—He vuelto a mi mundo, después de todo —sonreí, volviéndome hacia ella—. Los Estudios, mi querida Rachel. Los echaba ya de menos. Creo que volveré a escribir para la televisión...

—¿Escribir? —vaciló. La vi cambiar una mirada de angustia con Waldo. El seguía imperturbable, al parecer confuso y aturdido—. Oh, claro, existe el Braille y todo eso...

—Sí, existe el Braille para los ciegos, Rachel —asentí—. Pienso escribir un guion basado en un doble asesinato... En la ejecución del culpable... y en una segunda parte en la que un hombre recibe mensajes del hombre ajusticiado... a través de los ojos del muerto.

—¿Qué... qué dices? —musitó ella, con voz ronca, mirándome aturdida.

—Sí, Rachel. Escribiré ese guion. Y sin necesidad de ningún sistema Braille —me quité las gafas bruscamente—. Te veo perfectamente. Como veo a Waldo. Siento que te precipitases en romper nuestro compromiso. Quizá seáis más felices así los dos. Yo... yo tengo ahora otras cosas en qué ocuparme... desde que llevo en mis cuencas los ojos de un hombre que murió en la cámara de gas...

Rachel lanzó un grito ahogado. Y se desplomó, inconsciente, bajo mi fría mirada. Waldo corrió hacia ella, mascullando algo entre

dientes:

—¡Alan, esto es inconcebible! ¡Debiste avisarnos previamente...! ¡No es justo aterrorizarla así!...

—No temas —reí entre dientes—. Rachel es fuerte. Lo soportará bien. Hasta otro día, Waldo. Vine a verte solo para saber si pensabas que, realmente, un hombre como Darren Burrows podía ser culpable de los asesinatos que le imputaron...

Waldo Carpenter, mientras atendía a Rachel, tendida en el suelo, me miró, preocupado, y se limitó a responder:

—No... no puedo saberlo, Alan. Pero aquí... todos aseguraban que era inocente...

—Gracias, Waldo —ya en la puerta del desierto set de televisión, me volví a él—. Ah, por cierto... ¿Era también actriz su esposa, la rubia señora Burrows?

—Sí —afirmó él roncamente—. Su nombre era Jessica Lavis... y fue una actriz sexy, antes y después de unirse a Burrows... Alan, por amor de Dios, ¿qué estás buscando?

—A un asesino con cara de calavera —dije, sarcástico—. Quizá alguien relacionado con el mundo de Darren Burrows... que, en cierto modo, es también mi mundo. Y más ahora, en que llevo sus propios ojos, Waldo...

Cuando salí del set, parecía tan impresionado como la propia Rachel. Pero estaba al menos tranquilo en algo: él no se desmayaría.

Salí de los estudios. La tarde había caído rápidamente. Ya era de noche en el exterior. Apenas crucé la verja de la International, me detuve en seco. Un acceso de ira me asaltó.

Un blanco «Chevrolet» aparecía parado frente a los estudios, al borde de la carretera. Era el costoso modelo del detective privado Hayward. Vi su cara llena y fofa, detrás del volante del vehículo, los ojos fijos malignamente en mí. Tenía sus faros encendidos.

Avancé a su luz, decididamente. Llegué al coche sin que él se moviera ni se inmutara por mi proximidad. Abrí la portezuela rudamente, y le zarandeé, furioso.

—¡Estoy harto de usted, Hayward! —rugí entre dientes—. ¿Quién le envió a vigilarme?

Ewen Hayward, detective privado, cedió a mi impulso. Cayó de costado, fuera del coche, pesadamente. Su rechoncho cuerpo grasiento cayó a mis pies. Le miré, asombrado.

Tenía los ojos vidriosos, la cara rígida y blancuzca. Le brotaba mucha sangre de un boquete enorme, abierto en su abdomen a cuchilladas, a través de su terno azul.

Estaba muerto.

CAPÍTULO VI

TERROR

La sangre formaba charco sobre el asiento del vehículo y sobre el suelo, entre los pies del conductor. Evidentemente, su muerte había sido súbita, pero causada con terribles impactos de un afilado acero.

Contemplé los ojos vidriosos, saltones, clavados en la nada. Comprendí por qué parecía mirarme tan fijamente por encima del volante, por qué no se inmutaba al aproximarme yo al blanco y lujoso «Chevrolet». Los cadáveres no se conmueven por nada.

Miré en derredor. Las altas cercas de los Estudios International eran como los muros de una vieja prisión. La puerta, de altas verjas metálicas, impenetrable para los visitantes que no tuvieran pase especial. Afuera, esperaban los coches de las personas ajenas a la empresa productora. Uno de esos coches había sido el de Ewen Hayward. Y alguien, allá afuera, en la oscura noche, le había asesinado brutalmente. Del mismo modo que pudieron matarme a mí en mi *bungalow*, de haber tenido tan mala fortuna como él.

Recordé sus palabras: «Nos veremos otra vez»... Él nunca hubiera imaginado que este encuentro sería así. Tampoco yo. Por unos momentos, creí que era mi enemigo. Ahora, ni siquiera sabía qué papel pintaba el difunto Hayward en todo esto. A pesar de muerto, no me caía simpático. Posiblemente él mismo se buscó la muerte. Era algo que no podía yo saber ahora. Mi mente estaba confusa. Si era cierto que los ojos del ajusticiado podían influir en ella de alguna forma, ahora no sucedió nada de eso. No veía imágenes irreales, que sólo existieran para mí. Lo que estaba viendo era bien tangible, y pronto lo verían otras muchas personas, en

cuanto se descubriese la presencia del cadáver en el coche.

Me aparté del «Chevrolet». Antes, tuve la precaución de pasar mi pañuelo por el tirador de la portezuela, recordando mis propios y estúpidos guiones para televisión. Era mejor no dejar huellas en ninguna parte. No sabía lo que la policía llegaría a pensar de este suceso.

Eché a andar, en busca de algún sitio donde hallar un vehículo de alquiler, lo más lejos posible del aparcamiento del coche ensangrentado y su víctima. Pero a lo largo de la avenida arbolada, y en el cercano estacionamiento de coches de alquiler, no vi vehículo alguno libre. Estaba empezando a necesitar un coche propio, aunque fuese alquilado. Después de todo, la gente tenía que saber que yo, Alan Reeves, estaba de nuevo en el mundo de los videntes. Que era otra vez como antes. Que mi mundo de tinieblas apenas si había durado unas horas...

—¿Le llevo a alguna parte?

Giré la cabeza. Era una oferta tentadora, realmente. Miré hacia al voz que la formulaba. Voz de mujer. Un coche aparcado al borde de la alameda. No era ningún modelo lujoso, como el de Ewen Hayward. Por el contrario, se trataba de un modesto «Austin» oscuro, y la persona sentada al volante me resultaba difícil de distinguir, a causa de la propia luz de los faros, enfilados hacia la cinta de asfalto.

—Sí, gracias —asentí, acercándome al vehículo—. No hay forma de encontrar ningún taxi, y mi coche sufrió un accidente hace días, y quedó reducido a chatarra...

—Suba, entonces —me invitó cortésmente—. Voy hacia el centro urbano, si ese camino le va bien.

—Cualquiera servirá —asentí, abriendo la portezuela—. Es muy amable, señorita...

—Dicen que los caballeros paran siempre a las damas atractivas que hacen auto-stop. —Rió ella entre dientes—. Alguna vez había de ser al revés. Eso puede significar que usted es un tipo seductor.

Me sorprendió su desparpajo para hablar a un desconocido, pero no pasó de ahí la cosa. Cerré la portezuela. Ella llevaba una especie de impermeable amarillo, con caperuza del mismo color, adecuada para la lluvia. Apenas si veía una pequeña parte de su rostro, en escorzo.

Arrancó. Los estudios quedaron atrás. Miré por la ventanilla posterior. No a la International, sino al blanco «Chevrolet» aparcado cerca de sus vallas. Oí la voz de mi compañero de viaje en el «Austin» de modelo algo anticuado:

—¿Se olvida algo, tal vez?

—¿Olvidarme? —Sacudí la cabeza, pensando en Hayward—. No, no es exactamente eso... Era algo en lo que estaba pensando. Puede seguir adelante. No olvido nada.

Rodó el coche a buena marcha, en dirección a Los Ángeles City. Nos cruzamos con varios vehículos apenas salimos a la carretera principal. Miré curiosamente a la dama del «Austin».

—¿Acostumbra a parar a los hombres que buscan coche en la carretera? —indagué.

—No. No acostumbro hacerlo —negó—. Su caso es diferente. Muy especial.

Hizo un ademán con la cabeza, y su misma brusquedad hizo caer atrás la caperuza amarilla.

Me quedé petrificado.

Aquellos cabellos rubios, aquellos ojos azules, entre irónicos e inquietantes, que se volvían hacia mí... ¡Era ella! La dama de Wilshire. La rubia misteriosa.

Y, lo que era peor: era, exactamente, la misma rubia de mi visión inexplicada. La esposa de Darren Burrows, en suma.

Pero la esposa de Darren estaba muerta. Asesinada por él.

* * *

—¿Sorprendido, señor Reeves?

—Un poco —la miré, ceñudo, con todos mis nervios en tensión—. Conoce mi nombre...

—Sí, lo conozco —asintió, muy fría.

—Quizá también conozco yo el suyo... —dije, con voz ronca.

—Quizá —sus azules pupilas volvieron a clavarse en mí cuando redujo velocidad en un tramo de la carretera—. ¿Cómo me llamo?

—Burrows —dije—. Jessica Burrows.

—Los muertos no vuelven de la tumba, señor Reeves, Jessica Burrows está muerta. Y enterrada. La degollaron.

—Lo sé.

—¿Lo sabe? ¿Y aun así cree usted que yo... soy ella? —Sus

pupilas celestes tuvieron un brillo burlón.

—Es idéntica. Tiene que ser ella... Es tal como la vi...

—¿Dónde? ¿En las fotografías del lugar del suceso? —preguntó vivamente ella.

—Sí, claro... —Apreté los labios—. En las fotografías.

—Comete un error. Mire —y con su mano zurda, se arrancó los dorados cabellos.

La peluca quedó en sus dedos. Porque sólo era eso: una buena peluca rubia. Bajo ella, vi ahora su pelo castaño, recogido hacia atrás. Eso la hacía cambiar notablemente. Ya no se parecía tanto a la mujer de mi visión. Ni a la de las fotografías del crimen. Pero seguía habiendo algo más que una simple semejanza casual.

—¿Por qué eso? —pregunté, señalando la peluca—. ¿Quiere aparentar que es ella?

—¿Y usted? ¿Quiere aparentar que está ciego, con esas gafas tan oscuras? —replicó la dama del «Austin» anticuado.

—¿Sabe usted que no lo estoy?

—Lo sé. Como sé que tiene ahora los ojos de otra persona —me miró con rara fijeza.

—Si sabe tantas cosas, sabrá de qué persona —repliqué.

—Claro. De Darren Burrows —asintió ella.

—Puede que se equivoque —dije bruscamente. Y me quité las gafas—. ¿Son estos sus ojos, tal vez?

Ella los miró. Pareció sobresaltarse. Tuvo que frenar junto al bordillo de la carretera. Respiró con fuerza. Era evidente que el color marrón oscuro de mis ojos la había desorientado.

—No puede ser —jadeó—. Tienen que ser verdes. Los ojos de Darren...

Llevé mis dedos a un ojo. Manipulé en él. Cuando la miré, uno de mis ojos era verde. Y el otro marrón oscuro. Ella comprendió, mientras yo sonreía, sosteniendo la lentilla en la palma de mi mano.

—Los médicos no me lo recomiendan —dije—. Pero el verde de esos ojos empieza a resultar demasiado revelador. Yo también recurrí a los postizos, señora...

—No. No soy la señora Burrows, aunque usted lo haya pensado —suspiró ella—. Tampoco soy una extraña. Mi parecido tiene razón de ser. Mi nombre es Violet. Violet Lavis, hermana de Jessica... Sí, señor Reeves. Soy la cuñada de Darren. Y sé que lleva usted sus

ojos... porque estaba presente cuando él se los donó. Tenga en cuenta que yo era su único familiar en el mundo... y que yo sé que Darren era inocente de los crímenes que le imputaron...

* * *

—Inocente... ¿Dijo inocente?

—Sí, eso dije. El no cometió esos crímenes. Sé que no lo hizo. Por eso estuve cerca de él en sus últimas horas. Mi cuñado me agradeció profundamente ese hecho. Le sirvió de consuelo saber que alguien creía en él.

—¿Tiene pruebas de lo que dice?

—Si las hubiera tenido, él estaría vivo ahora, señor Reeves... aunque usted, fatalmente, estaría ciego...

—Si no tiene pruebas... ¿cómo puede estar tan segura de su inocencia? Al parecer, todo le acusaba...

—Es lo malo de ciertas cosas, señor Reeves. Un hombre pierde la fe en los demás en su persona. Se hace ebrio, se droga, se hace un indeseable... y todo el mundo le cree capaz de lo peor. Muere asesinado su mejor amigo, su esposa... y se descubre que estuvieron todos mezclados en un importante robo de narcóticos en un hospital... Sí, todo eso influye en el ánimo de jueces y jurados. Él no podía probar su inocencia. Ellos, creyeron probar su culpa, sólo porque no tenía coartada, porque había intervenido realmente en el citado robo... Sí, señor Reeves. Darren era un ladrón de estupefacientes. Pero nada más. Ahí acabó todo. Se le culpó de horribles asesinatos que él nunca hubiera cometido.

—¿Quién, entonces?

—Si pudiera saberlo, sospecharlo siquiera... —Se encogió de hombros, con gesto amargo—. La noche de la ejecución, señor Reeves... él dijo algo, cuando iban a llevarlo a la cámara de gas y un cirujano especializado preparaba el instrumental para extirparle los globos oculares...

—¿Qué es lo que dijo? —Me sentía profundamente intrigado por aquellos últimos momentos del condenado, en el terrorífico umbral de la muerte, de la sombra y el silencio.

—Nunca olvidaré sus palabras. Me miró muy fijamente, con esos mismos ojos verdes que ahora veo en usted y que me causan zozobra, casi terror... y dijo con lentitud, con una rara voz solemne,

que nunca antes le oyera: «Violet, es posible que esto no sea el fin... Yo creo que el hombre puede sobrevivir en algo a su propia vida y a su cuerpo... Si algo nuestro pasa a otra persona, quizá con ese algo vaya parte de nosotros mismos... y un día, la verdad sobre Darren Burrows sea descubierta por alguien a quien jamás conocí ni me conoció a mí antes de ahora... pero que podrá verla con mis propios ojos».

—Si eso hiera posible... —impresionado, bajé la cabeza—. Los médicos no opinan como él. Para ellos, sólo el cerebro de un hombre puede transmitir a otro algo de sí mismo. Lo demás, son simples órganos sin influencia en quien los recibe...

—Tal vez sea así, después de todo. Le dije lo que él pensaba...

—Comprendo, señorita Lavis... Pero no dejó de ser una asombrosa coincidencia que los ojos de un viejo actor de la International... fuesen a parar a mí, guionista de esa misma productora.

Ella me miró fijamente, cuando tomábamos una amplia curva. Su sonrisa fue extraña al responderme:

—Señor Reeves, eso no fue ninguna coincidencia. Fue el propio Darren quien, al ser informado por los médicos de que el doctor Lockyer tenía a un hombre ciego por accidente de coche, y que ese hombre se llamaba Alan Reeves y era guionista de televisión en la International, dijo que donaba gustosamente sus ojos para ese experimento...

Aún estaba yo bajo los efectos de aquella sorprendente revelación de la bella cuñada de Darren Burrows, cuando los faros del otro automóvil nos deslumbraron, y un rugiente coche se nos vino encima, invadiendo nuestra calzada.

El choque frontal sería mortal de necesidad.

* * *

—¡Cuidado! —rugí, en un simple acto reflejo, ante lo irremediable.

Y, por segunda vez, me vi enfrentado en poco tiempo a la Muerte, estando dentro de un automóvil.

Debo confesar que aquella muchacha, Violet Lavis, tuvo una serenidad y dominio de volante realmente pasmosos. Ante los enormes, redondos ojos deslumbrantes de luz que invadían todo

nuestro campo visual, tuvo la suficiente presencia de ánimo para dar un brusco viraje al volante, y reducir la velocidad.

El «Austin» se desvió con un salto grotesco, se salió de la calzada y penetró en una cuneta, dando tumbos, mientras a nuestro lado pasaba, zumbando como un bólido, el automóvil de las luces centelleantes... que resultó ser un poderoso vehículo de carga, lanzado a toda velocidad.

De habernos embestido, nuestro coche estaría aplastado sobre la carretera, con nuestros cuerpos triturados dentro. Y aquella mole no hubiera sufrido daño alguno.

Frenó Violet Lavis al llegar a unos árboles, entre vegetación, y quedamos parados, a medio volcar, pero sin sufrir otro daño que un destrozo considerable en el parabrisas, golpeado brutalmente contra una valla de la cuneta.

Nos quedamos como petrificados, jadeando dentro del coche, mirando ante nosotros, a los vidrios agrietados del parabrisas y a las abolladuras irremediables de la carrocería. Ambos supimos que acabábamos de salvar la vida de puro milagro.

Ella miró hacia la carretera, a sus espaldas. Su voz sonó ahogada:

—Ni rastro de ese loco criminal... ¿Cree que ha sido intencionado, Reeves?

No pude responder. En vez de ello, emití un grito ronco, que la sobresaltó.

—¡Ahí, ahí están otra vez! —aullé—. ¡Son ellos!... ¡Los cadáveres de Blake y de Jessica!

Ella miró ante sí, con horror. Palideció intensamente, abriendo mucho los azules ojos. Pero en vano. Sólo podía descubrir la superficie estriada y maltrecha del parabrisas. Yo, sin embargo, estaba viendo otra vez el doble crimen.

Eran dos imágenes superpuestas casi. Dos escenas simultáneas. Luego, las vi en rápida sucesión, como una película pasada a mayor velocidad...

Sólo que esta vez, la imagen era más amplia. En ambos casos, había una segunda persona en escena, alguien con unas manos enguantadas, salpicadas de sangre... Alguien que hincaba el afilado cuchillo en la garganta de uno y de otro...

Cuando giró el rostro hacia mí, pude ver su cara.

Era la de una calavera.

* * *

—Una calavera...

—Eso es, señorita Lavis. La he visto. Ahora mismo. Tan claramente como la veo a usted. Ya he visto antes de ahora a ese hombre, pero no en mis alucinaciones o... lo que sean. Intentó matarme en mi *bungalow*.

—¿Era el mismo?

—Cuando menos, era su máscara —miré la faz pálida, demudada, de la joven cuñada del ajusticiado—. No creo que a dos asesinos diferentes se les ocurra usar la misma máscara... Si es que he visto, realmente, esos asesinatos. Todo puede ser una mala pasada de mi mente, de mis ojos...

—Por lo que me ha descrito, Reeves... ha visto usted los dos asesinatos, tal y como se cometieron —musitó ella con voz quebrada—. Así los refirió el propio Darren... Él... él también vio al asesino de la máscara de calavera. Pero nadie le hizo caso. Nadie creyó esa historia. Y ahora, usted... usted asegura haberlo visto también...

—Sí, pero en ese caso... —Me incorporé, agitado, saliendo del automóvil detenido aún en la cuneta, entre los árboles—. En ese caso, ¿qué está sucediendo? ¿Por qué yo veo esas cosas? ¿Qué fenómeno físico puede explicar tal cosa? Ni siquiera mentalmente puedo saber lo que veía o pensaba su cuñado... Unos ojos... unos ojos no pueden ofrecernos imágenes que antes de morir viera otro hombre.

—Es lo que dicen los médicos. Lo que afirma la lógica. Lo que aconseja la razón. Pero ¿qué sabemos nosotros de lo que pueda haber más allá de la lógica, de la razón, de la fría ciencia médica? Reeves, usted ve cosas que Darren viera en vida. El confiaba en que otra persona viese la verdad a través de sus ojos. Quizá por eso los donó. Y ahora...

—Ahora, eso me convierte en un monstruo o poco menos —gemí—. La visión cada vez es más nítida, más clara, más prolongada incluso... He relatado las ropas, el lugar en que aparecieron muertos...

—Todo coincide. El color de las ropas de ambos, los lugares en

que aparecieron degollados... Absolutamente todo, Reeves.

—Cielos, si esto es así... ¿adónde voy a parar? ¿A la demencia? ¿A la reencarnación de otro ser a través de mí mismo y de mi mente? Todo eso es absurdo... y ni siquiera sabemos adónde conduce...

—Tal vez alguien se lo pueda decir, Reeves, si quiere venir conmigo.

—¿Con usted? ¿Adónde? ¿Quién puede tener una respuesta para esto? —dudé.

—Un hombre llamado Kenneth Lee.

—¿Kenneth Lee? ¿Quién es?

—El profesor Kenneth Lee. Un médico y un científico. El asegura que los ojos de un hombre muerto, si pudieran ser trasplantados a un ser vivo, reproducirían fielmente aquellas imágenes que quedaron impresas con más fuerza en sus retinas...

CAPÍTULO VII

¿REENCARNACIÓN?

—Sí, señor Reeves. Es cierto. Yo he afirmado eso.

—Pero profesor, es algo que no parece tener fundamento científico, según los médicos...

—Yo también soy médico —sonrió con cierta frialdad el hombre que estaba ante mí—. Pero no ejerzo como tal hace años. Mi tarea es de investigación ahora. Tengo el profesorado de Psicología y Neuropsiquiatría, pero también me preocupan otras cosas del hombre, relacionadas menos directamente con la mente humana.

—¿Como... los ojos?

—Como los ojos, sí. Las retinas, las pupilas, el globo ocular en su totalidad, los nervios que van desde el cerebro a los ojos, y permiten la visión, la captación de imágenes, la contemplación de cuanto nos rodea, en suma. Aparte del proceso puramente mecánico de esos órganos esos nervios y su influencia en determinada zona de nuestro cerebro, yo siempre he sostenido que existe... algo más.

—¿Algo más? —Le estudié, reflexivo, algo escéptico, a pesar de que yo era la persona que menos motivos tenía en el mundo para mostrar escepticismo.

—Sí, señor Reeves. Algo que todavía no explica nuestra Ciencia. Algo que está más allá de los actos puramente físicos y mentales de nuestro cuerpo.

—Pero eso no lo admite aún la Ciencia, y usted lo sabe, profesor. Existe la Parapsicología, pero no es aún nada exacto ni rigurosamente científico, al menos para la Medicina y para muchas otras profesiones relacionadas con la Ciencia...

—Lo sé, amigo mío —suspiró él. Sus cabellos, muy blancos, su extrema delgadez, el curtido ocre de su piel la serenidad y hondura de sus ojos grises, me impresionaban, pese a todo. Violet Lavis y yo, reunidos con él en aquella apacible sala de su residencia, parecíamos fascinados por su fácil palabra, por la suavidad de su tono, por la firmeza de sus singulares convicciones paracientíficas. Tras una pausa, prosiguió, tras acariciarse mecánicamente los blancos cabellos—: A pesar de todo, no hablo de parapsicología ni de fenómenos paranormales que se relacionen con lo ya sabido y enunciado en muchas ocasiones. Yo me refiero a algo completamente natural, algo inconsciente en el individuo, que sobrevive a su muerte y que no queda, forzosamente, alojado en su cerebro en su memoria, sino en algún otro órgano de su cuerpo. Al morir todo en él por supuesto, nunca sabemos si ese algo de que desapareció, sobreviviría, de prolongarse la vida de alguna de sus partes en otra persona. Por ejemplo, ¿podría un corazón humano palpar con igual fuerza ante ciertos estímulos, llamémosles sensitivos o emocionales, tras haber sido trasplantado a otro ser? ¿Podría un oído humano conservar una melodía o unos sonidos determinados, para reproducirlos, para repetírselos a otra mente, si el órgano trasplantado fuese el oído? Sé lo que va a decirme, señor Reeves: científicamente, no. No es posible. Y sin embargo...

Paseé por la estancia. Se detuvo junto a los ventanales asomados a las luces de la ciudad de Los Ángeles, y nos sonrió de un modo afable, amistoso, que inculcaba confianza y fe en su palabra.

—Sin embargo, señor Reeves, yo CREO en lo que afirmo. Estoy seguro de que algo queda vivo con una parte de un ser viviente. Algo que ni siquiera uno sabe que quedó grabado. Y ése es su caso. Darren Burrows quedó sobrecogido por una doble visión que influyó decisivamente en su vida... y en su muerte. El descubrió los cadáveres. Los dos. El de su amigo Blake y el de su esposa. Esa imagen quedó vivamente grabada en su mente. Y en sus retinas. En una ocasión, vio al asesino. En la otra, no. Sus retinas dejaron allí olvidadas, como dos placas impresas, como dos negativos dentro de una cámara, la visión de ambos momentos. Y pensó con tal fuerza en ellos al verse en las puertas de la muerte, que por un fenómeno aún sin explicar, pero que yo entiendo, que yo acepto, que yo afirmo que existe, esa doble imagen pasó a usted. Es decir, al

donarle sus ojos, pensó tan intensamente en ello, que quizá con sus últimas fuerzas, con su postrera voluntad, al respirar el ácido mortal en la cámara de gas... Darren Burrows reprodujo nítida, intensamente, el... llamemos cliché de su recuerdo, de su doble visión sangrienta, quedándose grabada en su retina, en su aparato visual. Murió inmediatamente. Y esa viva imagen pasó a usted. Sus nervios, su cerebro, recogieron el mensaje impreso por los del muerto... Y usted VIO lo mismo que había visto Darren Burrows, como si usted mismo hubiera estado en los lugares donde aparecieron sin vida las dos víctimas.

Hubo un profundo silencio tras su disquisición. Me quedé mirándole, atónito. Ahora parecía sencillo, comprensible, incluso lógico. Estaba seguro de que si trataba de repetir yo sus razonamientos ante un grupo de médicos, haría el más espantoso de los ridículos. Él, no. Sembraría dudas, escepticismos, le negarían lo que afirmaba, pero... dejaría la incertidumbre en el ánimo de cualquiera. Del mismo modo que dejaba ahora en mí, profundamente marcada, la seguridad de que había dicho lo cierto. De que yo había recibido el más insólito, el más terrible e impresionante mensaje de ultratumba que un hombre puede recoger.

—Mis ojos... —Toqué mis párpados, palpando los globos oculares que había tras ellos, en lugar de los que perdiera en mi desgraciado accidente. Moví la cabeza con horror—. Yo puedo ver algo que solamente un muerto ha visto. Algo que nadie más verá... He tenido que vivir la primera intervención quirúrgica de esa especie... y la primera y terrible verdad de la última voluntad de un ajusticiado...

—Un ajusticiado que, posiblemente, como afirma la señorita Lavis, fuese inocente de los delitos por los que fue ejecutado, señor Reeves —afirmó calmamente el investigador, con una triste sonrisa en sus delgados labios.

* * *

—Empiezo a creerlo, señorita Lavis. Era inocente. Tuvo que serlo...

—Usted no puede saberlo. No estuvo con él su última noche, no le oyó confesarme en voz baja, con lágrimas en sus ojos... en esos

ojos que ahora son suyos... que era inocente, que él nunca hizo daño a Blake ni a mi hermana Jessica... Que su única culpa fue hundirse en la degradación, mezclarse en un robo de drogas para poder disponer de estupefacientes, de dinero... Eso sí lo hizo. Con Blake, con Jessica... Era su única culpa.

—Y usted le creyó...

—Tenía que creerle. Eran sus últimas palabras, casi. Un hombre que va a cruzar el umbral de la vida para siempre, no miente así. Yo le creí. En realidad, siempre estuve segura de que mi cuñado era incapaz de dos crímenes tan horribles.

—Pero aparecieron pruebas. En su poder había drogas del botín... Y el arma del crimen.

—Esas pruebas se amañan fácilmente, Reeves. Sobre todo, si el asesino le conocía y sabía lo fácil que iba a ser acusarle. Él... él me dijo que llegó a ver al criminal, cuando mataba a Jessica, mi hermana... Le persiguió, sin darle alcance... Iba enmascarado... con una calavera, como usted dijo...

—Estoy seguro de que ese mismo hombre ha terminado con Blake. Y ahora con el detective privado Hayward, que me seguía y vigilaba...

Ella sabía ya la historia del hombre muerto ante los Estudios International. Había preferido sincerarme con ella. Empezaba a pensar que Violet, la joven y bella Violet, era la única amiga que tenía.

Asintió despacio con la cabeza, y me contempló desde el sofá donde permanecía sentada frente a mí, en el *living* de su apartamento. Era de noche. Aún estaba reciente nuestro accidente en la carretera, frente a la furgoneta asesina. Y también nuestra visita al profesor Lee. Ella me había invitado a ir a su casa. Y yo acepté.

—¿Por qué cree que pudieron asesinar a Hayward? —se interesó ella, tras unos momentos de reflexión.

—No lo puedo imaginar. Pero él andaba tras de algo. No sé quién era su cliente, ni lo que buscaba realmente. Era un tipo poco simpático, como imagino que son todos esos detectives particulares, aunque los guionistas cometamos el error de presentarlos heroicos y admirables en nuestras películas...

—Fuera lo que fuese lo que perseguía, no hay duda de que le

aproximaba mucho a lo ocurrido con Blake y mi hermana. Quizá al propio asesino. Y éste optó por deshacerse de él, para evitarse problemas. El que ha matado una vez, mata dos, como ya hemos comprobado. Y también tres.

—O cuatro —suspiré—. Recuerdo lo que he contado: me atacó en mi propia casa. Sabía que yo tenía los ojos de Burrows. Tal vez tuvo miedo. Luego... creo que lo intentó de nuevo con los dos, en esta ocasión en la carretera...

Permanecimos silenciosos. El gesto de Violet era de asentimiento. Ella empezaba a estar segura de que todo se debía a una misma causa, a una misma persona. No todo había terminado con la muerte de Darren Burrows. La cadena sangrienta continuaba. Un personaje en la sombra, un ser capaz de asesinar a sangre fría y permitir que otro hombre pagase por ello con su propia vida, continuaba su ronda de muertes violentas.

Era como en cualquiera de mis guiones. Sólo que esta vez, el escenario no era un set de televisión, sino la vida real. Y el argumento no lo había creado yo, ni estaba manipulando con actores. Todo era demasiado auténtico, demasiado estremecedor, para pensar en ficciones, aunque todo el caso en sí tuviera un clima enrarecido y dantesco, como de gran guignol.

—El hecho es que, a estas horas, alguien ha entrado en posesión de una fortuna en drogas, y las está vendiendo en el mercado negro a un precio muy superior al suyo real, con lo que el negocio es completo. Esas drogas son el botín de un robo, cuyos autores verdaderos están muertos, señorita Lavis. Me gustaría saber quién tuvo noticia del robo, quién identificó a sus autores... y se quedó con todo, tras deshacerse de los culpables.

—En ese caso, tendría al verdadero asesino —suspiró ella cansadamente—. Medio millón de dólares es mucho dinero para cualquiera. Especialmente, cuando se desea obtenerlos sin ninguna clase de escrúpulos...

La contemplé en silencio. Era una muchacha de turbador atractivo. Esbelta, bien formada, joven, de serena belleza, de grandes y profundos ojos azules, de boca carnosa, de suave naricilla...

Sin el cabello rubio, su parecido con la muerta era notable. Ambas hermanas se habían parecido mucho, sin llegar a ser

idénticas, ni mucho menos. Quizá era el aire familiar lo que las hacía tan semejantes. Las fotografías que yo viera de Jessica Burrows, ex-actriz y ex-starlette, modelo de fotógrafos en Beverly Hills y un sinfín de cosas más cuando se divorció del desdichado Darren Burrows, evidenciaban esa semejanza entre ambas. Pero Violet era más sencilla, más espontánea, más juvenil también.

—¿Apreciaba usted mucho a su cuñado, señorita Lavis? —pregunté de súbito.

Me miró, como sorprendida por mi pregunta. Luego, negó lentamente con la cabeza.

—No. No le aprecié nunca demasiado. Sobre todo, porque al ser yo mayor, al dejar mi adolescencia, él era ya un deshecho, un hombre vencido por el alcohol y los narcóticos...

—Pero fue la única en creer en él, en acompañarle cuando la necesitó.

—Tenía que hacerlo. Era su única familia. Y el hecho de que no me simpatizara demasiado, no cambiaba las cosas. No le creía capaz de asesinar a nadie. Luego me alegré de haber pensado así. Estaba conmovido. No sabía qué decirme para agradecer aquella ayuda que recibía en los peores momentos. A veces he pensado que no toda la culpa fue suya en su forma de vivir. Por desgracia, Jessie... Jessica, mi hermana, quiero decir... no se portó bien con él. Era casquivana, frívola, superficial y ambiciosa. Cuando Darren no le dio lo que pensaba alcanzar en la vida, se sintió frustrada y le abandonó. No me sorprendería que, realmente, hubiera habido algo entre ella y Blake, o entre ella y otros hombres...

—Entre ella y otros hombres... —Di un leve respingo. La miré fijamente. Algo había cruzado por mi cerebro en esos momentos, pero se había diluido con la misma rapidez con que llegó—. Señorita Lavis, es usted terriblemente sincera en todo, por lo que veo.

—Terriblemente —suspiró. Luego, me estudió de un modo singular—. Por favor, no vuelva a llamarme «señorita Lavis». Somos amigos, Reeves. Puede llamarme Violet.

—Violet... —asentí—. Me gusta. Mi nombre es Alan. Utilícelo, por favor.

—Gracias, Alan —me sonrió amistosamente—. ¿Qué piensa hacer ahora?

—No lo sé. Supongo que debo presentarme al teniente Cox y contarle lo sucedido desde que hablé con él la vez anterior. Va a ser difícil explicarlo todo, pero lo intentaré.

—Tenga cuidado. Pueden molestarse porque no denunció inmediatamente el hallazgo del cadáver de Ewen Hayward...

—Ya lo he pensado —me froté el mentón—. Espero que mi versión de los hechos resulte convincente y no me encarcelen por eso...

—No pueden hacerlo. Alegue lo sucedido en la carretera. Puede justificarle bastante bien. Teniendo en cuenta que hace poco tiempo que salió del hospital, el *shock* pudo trastornarle durante un tiempo, antes de reaccionar como debía.

—Eso sí suena bien —sonreí—. Violet, es usted una muchacha muy inteligente.

—No estoy muy segura de eso...

—Lo es —afirmé—. Lo ha demostrado en otras cosas. Al seguirme, por ejemplo. Usted sabía que era yo el beneficiado por la donación, de Darren. Quería comprobar si la teoría del profesor Lee era cierta. Quería saber si me sentía impresionado por algo que sólo Darren podía conocer... Lo cierto es que me vigilaba, Violet.

—Confieso que sí —asintió ella—. No sé por qué, la idea de Darren, al saber que sus ojos serían para un escritor cinematográfico, donándole ambos sin una vacilación, me hizo pensar que él esperaba algo de usted. Algo excepcional, creo. Algo así como... como que usted podía... llegar adonde él no había llegado. Que era capaz de continuar algo que él no pudo hacer...

—¿Usted pensó eso? —dudé, arrugando el ceño—. ¿Qué cree que pensaba realmente Darren al saber que sus ojos serían para un tal Reeves, escritor de guiones para la televisión, en la propia empresa en que él había trabajado como actor?

—No lo sé. Y quizá nunca lo sabré. Pero aquella noche estaba tan pensativo, tan hundido en sus reflexiones, que tuve por un momento la impresión de que algo, quizá una vaga, una remota sospecha, cruzaba su mente... y le forzaba a hacer lo que hizo.

—Una pregunta, Violet. ¿Desde cuándo conoce usted al profesor Lee y sus extrañas teorías sobre la continuidad de los recuerdos de los muertos?

Ella me miró. Entendía lo que quería decir. Y me respondió lo

que yo imaginaba:

—Yo no le conocía, Alan —me dijo—. Era amigo de Darren... Y Darren me invitó a que lo visitara después de su muerte...

* * *

El televisor portátil de Violet estaba emitiendo uno de mis peores guiones de los últimos tiempos. Un filme absurdo, lleno de situaciones inverosímiles, pero que gustaba al público. Waldo Carpenter era su director. Para más sarcasmo, Rachel era la script.

Desvié la mirada de la pequeña pantalla, dedicando mi atención a los emparedados y la cerveza que la muchacha había preparado en mi honor. Ella, sin embargo, prosiguió muy interesada en la película, hasta su final. Me miró, mientras emitían los comerciales.

—Era divertida —dijo—. Y habrá comprobado que la vida es a veces más inverosímil que lo imaginado.

—¿Usted cree? —dudé, riendo—. Ese guion es un esperpento. Me avergüenza haberlo escrito. A veces, uno trabaja demasiado de prisa, estoy seguro.

—No sea tan feroz consigo mismo —me reprochó—. Veo muchas películas infinitamente peores y más aburridas que ésa. Y lo malo es que pretenden haber hecho una obra maestra.

—Usted sí ha hecho una obra maestra. Estos emparedados son deliciosos.

—Gracias. Es muy amable... —Me estudió mientras comía y tomaba cerveza. Ella probó un poco de su propia bebida—. De modo que su mejor amigo y su prometida... van a casarse.

—Eso es —asentí—. Los dos trabajan en mis guiones. Así ocurren las cosas. Pero no crea que voy a llorar la pérdida. Ya sé cómo es Rachel. Me alegro de haberlo sabido a tiempo.

—¿Seguirá pensando igual cuando tenga que convivir con ellos en su trabajo otra vez?

—Seguro —asentí—. No sé lo que ellos pensarán, pero sé lo que pienso yo. Creo que...

Estaban transmitiendo noticias. El presentador acababa de decir algo que me hizo soltar el emparedado y olvidar la cerveza:

—Entre los sucesos de las últimas horas, se cuenta el hallazgo del cadáver de Ewen Hayward, un detective privado de Los Ángeles, asesinado frente a la puerta de los Estudios de televisión

International. La muerte fue producida con un arma incisiva, de varios golpes mortales en hígado, abdomen y estómago —hizo una pausa, para añadir—: La policía busca activamente al presunto culpable, cuya identidad es posible se relacione con un hombre relacionado en cierto modo con un reo ajusticiado recientemente por doble asesinato, ya que parece ser que está bajo el trauma de un trasplante de órganos de dicho ajusticiado, y el complejo producido por ello puede haberle conducido a actuar como la persona donante de tales órganos. Seguiremos informando sobre este apasionante suceso...

Violet desconectó el receptor, pero ya habíamos escuchado todo. Me incorporé, aturdido. Derribé la botella de cerveza sobre la mesita. Ella había palidecido levemente, clavando sus azules pupilas en mí.

—¿Ha escuchado eso? —murmuré, estremecido de asombro.

—Igual que usted, Alan —asintió, sombría—. No tiene sentido. No pueden suponer algo así...

—Eso no era un guion filmado, sino las noticias locales, Violet —le recordé, ceñudo—. Cuando dicen eso, es que la policía sospecha de mí. ¿Cómo diablos pudieron enterarse de que yo poseo los ojos del condenado a muerte?

—Me temo que eso lo sepa ya mucha gente —suspiró ella—. Quizá el doctor que le operó haya hablado ya con la policía... Hay ocasiones en que el secreto no puede guardarse, por muy científico que sea... Alan, tiene que hacer algo. Ver al teniente Cox, convencerle de...

—Convencerle... ¿de qué? —protesté vivamente—. Violet, no van a escucharme. Por el momento, me encerrarán, hasta poner las cosas en claro. Y no quiero pasarme encarcelado el tiempo que dura aclarar esto... si es que alguna vez se aclara. Tampoco me gustaría seguir los pasos de Darren Burrows hasta el final.

—¡Dios mío, no diga atrocidades! —Se estremeció ella, mirándome con horror—. Eso no puede suceder otra vez, Alan.

—No estoy yo tan seguro. Si hay alguien lo bastante listo para haber logrado que otro pagara por sus crímenes, podría suceder que hubiera una segunda parte. Evidentemente, al culpable le ha preocupado e impresionado el hecho de que yo lleve ahora los ojos del muerto. Teme algo, no sé el qué. Y quiere terminar conmigo

limpiamente; deshacerse de mí de un modo definitivo.

—En ese caso, debe ocultarse, Alan. Si el teniente Cox suma dos y dos...

—Le dará cuatro, desde luego —afirmé secamente—. Y posiblemente me busque aquí. Debo ir a alguna parte, pero tampoco a mi *bungalow*. Estará vigilado. Sería la ratonera ideal. Incluso puede que lo vigile el asesino, por si puede asesinarme y hacerlo parecer un suicidio o un accidente.

—¿Qué va a hacer, entonces?

—No lo sé aún —la miré—. Violet, ¿sabe si Darren tenía algún lugar donde se alojara últimamente?

—¿Darren? —Ella pestañeó—. No, le echaron de su apartamento por falta de pago, días antes de... de ser arrestado. ¿Por qué se le ocurre semejante idea?

—No sé... Un hombre que lega sus ojos a otro con la esperanza de que sea vengado un día, es posible que haya dejado algo más... Un indicio, cualquier cosa, si es que realmente tenía sospechas de alguien...

—No puedo ayudarle en eso. A menos que... ¡Eh, espere!

—¿A menos... qué, Violet? —La miré, esperanzado.

—Se trata de Jessie, mi hermana... Ella sí tenía un lugar propio, una vieja casa en la playa, muy abandonada, casi ruinoso, y en un lugar de la costa de Ocean Park bastante deshabitada... Sólo a unas cinco o seis millas de Los Ángeles. Esa casa la compartieron muchas veces los dos cuando vivían unidos. Es posible que Darren tuviera una llave. Jessie nunca iba a esa casa. Le daba aprensión. Miedo, diría yo. Sobre todo, desde que pusieron no lejos de allí un pequeño cementerio familiar, en la residencia suntuosa de una familia europea muy rica...

—Violet, si puede darme esas señas, quizá vea la forma de entrar en el edificio y esperar a que pase todo esto, buscando algo, algún posible indicio... Algo me dice que Darren, al ser despedido de su alojamiento, debió buscar refugio en alguna parte poco frecuentada. Pudo ser ésa...

—¿De veras va a ir allí? —dudó ella, preocupada.

—Puede estar segura de que, en cuanto sepa dónde es, allí estaré...

CAPÍTULO VIII

ASESINO

Y allí estaba.

Le di toda la razón a Jessica Burrows. Se podía dar dinero por no vivir allí.

Ocean Park quedaba algo al sur, con su zona lujosa y poblada. Ésta era una zona desértica de playa arenosa, rodeada de dunas y de vegetación, con la carretera circulando a menos de trescientas yardas del lugar donde se alzaba el viejo, feo y descuidado edificio, víctima de la arena, el salitre, el viento y el abandono.

Vi, no lejos de allí, sobre un promontorio, la residencia suntuosa a que se refería Violet. Tras las cercas, un hacinamiento de cipreses, hacía pensar en el cementerio privado que causara las aprensiones de la infortunada Jessie.

No resultó difícil entrar en la casa. Realmente, había mil huecos por donde hacerlo, aunque dudo que ni siquiera los vagabundos utilizaran tan vetusto y desagradable lugar para pasar la noche. Los vidrios de las ventanas polvorientos, aparecían rotos, las junturas de puertas y ventanas no encajaban bien, y el viento marino, sobre todo de noche, como era ahora —una noche bastante oscura, por cierto— ululaba lastimosa y siniestramente por las oscuras estancias de la casa, a la que habían cortado el teléfono y el suministro de luz por falta de pago, sin duda alguna. También los grifos del agua se mostraban secos.

La potente linterna eléctrica de que había ido provisto, junto con un par de pilas eléctricas de recambio, en previsión de algo así, recorrió los muebles polvorientos, las paredes húmedas, manchadas,

salpicadas de grabados, en su mayor parte pertenecientes a viejas «estrellas» del cinema, desde Clark Gable a Mickey Rooney, pasando por Tyrone Power y Marilyn Monroe como más modernos representantes del mundo del espectáculo.

Eso me hizo recordar que Jessica Burrows había sido actriz de soltera, y también había intentado volver a la pantalla de casada, con escaso éxito. El mundo del cine, evidentemente, formó parte de sus sueños dorados y de sus aficiones.

La casa estaba llena de chirridos, ruidos y roces fantasmales. No debían ser tales fantasmas, sino ratas deambulando libremente por doquier. No me preocupaban las ratas. Eran los seres humanos los que me inquietaban. Los vivos, no los muertos.

Recorrí la cocina, con sus vajillas rotas y olvidadas, sus cucarachas y su capa de polvo; el cuarto de baño, con largos regueros de óxido sobre el blanco de lavabo y bañera; los dormitorios, sin ropas en los lechos, al aire los polvorientos colchones, posiblemente llenos de insectos molestos.

Alcancé otro gabinete, donde había un viejo piano con muchas teclas hundidas o rotas, un armario-librería conservando aún viejos volúmenes con hedor a humedad, y un escritorio inmediato, sobre el que mi linterna derramó luz.

El escritorio no estaba tan polvoriento. Sólo una fina capa reciente. Era obvio que alguien lo había utilizado, no hacía demasiado tiempo. Miré por encima.

Había algunos libros. Uno de ellos, *La Isla del Tesoro*, de Stevenson. Sonreí. Tal vez Darren, en sus horas peores, se había refugiado en la lectura de la infancia. A veces, era como un remanso para los nervios.

Delante del escritorio, sobre el muro, fotografías y recortes de revistas ilustradas. Mucho más modernas que los viejos pósters de la Fox y de la Metro que viera en el salón. Eran figuras de la televisión.

Me quedé sorprendido. El círculo de luz de mi lámpara encuadró una gran fotografía en color, a dos páginas.

Estaba arrancada del TV Parade, y en ella aparecía la puerta principal de International Televisión Productions. Delante de esa puerta, tres personas cogidas del brazo, riendo ante la cámara. Esas tres personas éramos Waldo Carpenter, Rachel Ward... y yo.

Centré el foco de luz en mi cara. Era toda una sorpresa. Me estremecí al alumbrar mis ojos color café. Los otros ojos, los perdidos para siempre...

No podía sorprenderme por ver esa fotografía allí. El hecho de que estuviera yo, era pura casualidad. En otra foto cercana, estaba Jessica Burrows, pero tal como era últimamente. Muy rubia, atractiva aún, aunque algo obesa, con demasiado pecho quizá. Era una fotografía reciente, de uno de sus fallidos intentos por volver al mundo de la filmación. Estaba en un set de la International. Junto a dos «estrellas invitadas»: Burt Reynolds e Ida Lupino. Al fondo, junto a la cámara y un foco, se podía ver el gesto autoritario del director de la escena, Waldo Carpenter.

Otra fotografía, situada no lejos de ésta, cambiaba de tema. Darren se hacía homenaje a sí mismo. Era una página del TV World, con retrospectivas escenas de cine y televisión. En esas escenas, aparecía un hombre enjuto y vigoroso, no mal parecido, de verdes ojos y fácil sonrisa. Darren Burrows en persona, cuando era un actor con trabajo.

Aparté la luz de allí. Recuerdos. Todo eran recuerdos. Burrows estuvo allí en sus últimos días, antes de ser aprehendido. Se dedicó a evocar el pasado, a poner aquellas cosas en la pared, ante el escritorio. El estado de las chinchetas y de las propias páginas de los magazines, revelaban su reciente aplicación al muro.

Me moví por la estancia. Encima de mi cabeza, en el desván, las ratas seguían haciendo de las suyas, quizá irritadas por la presencia de un intruso en su reino. No encontré gran cosa en las gavetas del mueble. Ni huella del posible botín de aquel robo. Solamente unos frascos vacíos. Leí sus etiquetas. Todos habían contenido medicamentos ricos en narcóticos. Pero sólo eran cuatro o cinco envases. Lo justo para un drogadicto, no para un traficante en posesión de un valioso alijo de drogas.

Si Burrows había pensado en dejar un mensaje, una evidencia, un indicio para alguien, debía de estar muy oculto, o bien otra persona se lo había llevado de allí. Sin embargo, una mirada al suelo de tablas me hizo observar que el polvo formado sobre las pisadas de Darren, era uniforme y de bastantes fechas. Eso parecía señalar la ausencia de intrusos en el edificio de la solitaria playa.

Por tanto, no se quitó nada de allí. Todo estaba tal como debió

dejarlo al salir de la casa Darren, para ir a parar a manos de la policía. Y luego a la cámara de gas...

Respiré con fuerza. En aquella casa creía advertir algo, sin embargo. Un hormigueo, a flor de piel, acusaba mi inquietud, mi estado de excitación, sin motivo aparente.

De súbito, agucé el oído.

El vidrio había sonado apagadamente, con un chasquido. Era la primera vez que captaba esa clase de ruido. Yo, al entrar, había roto una ventana como medio más rápido y seguro de allanar la morada sin habitantes. No estaba seguro de que hubiera sido la brisa marina, en la oscura noche, la que derribó un fragmento de aquel mismo vidrio, justamente ahora.

Más bien parecía que alguien hubiera pisado el vidrio roto por mí.

Eso era diferente. Muy diferente. Pero no podía ser.

A menos... a menos que la propia Violet me hubiese vendido, para que me sorprendieran allí dentro.

Me eché atrás, dirigiendo el foco de luz al muro de las estanterías, para que la claridad no se reflejara hacia el exterior. La claridad iluminó un volumen cuyo lomo me sorprendió en ese momento, con sus doradas letras:

¿ACABA TODO CON LA VIDA? Por el profesor Kenneth Lee.

Recordé su amistad con Darren, sus teorías pintorescas sobre lo que ciertos órganos de personas difuntas pueden conservar en sí, para transmitirlo a otros seres vivos...

El chasquido se repitió en alguna parte de la solitaria, tétrica casona. Se me erizó el vello en la nuca.

Esta vez no había error. Había alguien. Alguien que había pisado otro fragmento de vidrio de la ventana rota. Alguien que subía hacia esta planta donde yo me hallaba. Los leves crujidos de madera seca, que hubieran podido pasar por sonidos de la casa vetusta en la noche, ahora tenían un claro significado para mí.

Una persona había entrado tras de mí. Una persona que, sin duda alguna, me estaba buscando ahora. Imaginé fácilmente otros detalles. Hubiera querido equivocarme.

Una mano enguantada, un cuchillo afilado, acaso un machete... Un rostro enmascarado. Una calavera...

Vivísimamente, la oscuridad a que había reducido ahora al

gabinete, apagando mi potente lámpara, se quebró en un estallido de luz ante mis ojos dilatados, fijos en las sombras.

De nuevo aquello...

La rubia, un poco gordezuela Jessica Burrows. Tendida en el suelo de una habitación con las paredes empapeladas de tono naranja... El hombre de la máscara de calavera... El cuchillo en su mano...

Como una película muda. Sin voces, sin sonido. Pero Jessica abría la boca, gritaba... Gritaba sin voz. Desorbitaba sus ojos, fijos en la persona que la acuchillaba despiadada, ferozmente... Luego, parecía mirarme patéticamente a mí, mientras caía.

No. No a mí, ahora lo sabía. Ella miró a Darren, Le vio, antes de morir. Y Darren la vio a ella. Como veía al monstruo de la faz de calavera...

Creí sentir vivamente, de un modo casi palpable, cómo el asesino clavaba en mí sus malévolas pupilas tras la careta... Algo en su modo de moverse, me era conocido, familiar. Luego, se perdía, huía, se difuminaba tras una puerta, yo parecía moverme hacia ella, y todo se volvía negro, oscuro...

Respiré agitadamente en la oscuridad. Mi rostro aparecía bañado en sudor. Mis manos temblaban. Nunca como ahora fue tan nítida la escena, hasta en sus más mínimos detalles. Había creído ver algo. Algo más, en aquella fugaz visión del escenario del crimen. Pero no estaba seguro. No podía estarlo. Si Darren lo había captado... su imagen, conservada en mis retinas ahora, no me lo revelaba.

Las maderas del corredor crujieron junto a la puerta. Yo me había deslizado ya, tras una vieja cortina, junto a la puerta del gabinete. Me oculté detrás de ella, conteniendo el aliento. Borrosamente, a través del polvoriento tejido, capté un destello. Una luz.

Luego, esa luz barrió el gabinete de extremo a extremo. Como buscando algo. O a alguien.

Mi corazón palpitaba tan fuerte, que temí que sus latidos permitieran al intruso descubrirme allí oculto, en aquel angosto hueco. Las maderas crujían con fuerza bajo sus pisadas. Ya no se ocultaba.

El tejido tenía un leve jirón, casi a la altura de mis ojos. Traté de ver algo por el desgarro. Capté una alta figura vestida de oscuro. La

luz de una lámpara destelló cegadoramente en la ancha hoja de acero de un cuchillo curvo, de estilo oriental. Su filo parecía capaz de cortar un cabello en el aire.

Era un arma extraña, insólita. Vagamente, relacioné aquello con la imagen captada en el recuerdo visual de Burrows si es que la teoría del profesor Lee era cierta. Ahora supe lo que me había intrigado de aquella fugaz imagen.

El arma.

Era un machete especial, poco corriente en la vida normal: un samurái. Un sable japonés...

Ahora, se trataba de otra clase de arma, tan poco frecuente como la otra: un alfanje de tierras orientales, capaz de segar la cabeza a cualquiera de un solo golpe. Un arma terrorífica, en manos de un experto.

El hombre de negro era un experto. Su modo de degollar a Jessica y a Blake, sus secos golpes de muerte al detective Hayward... Sí, sabía lo que se hacía, con un arma así en sus manos. Para desgracia mía, todas las cartas estaban en sus manos. El asesino me buscaba. Y yo ni siquiera iba armado para enfrentarme a él. Mi pequeña navaja, en el bolsillo, me pareció ahora tan ridícula como inútil. Un juguete frente a un arma demoledora.

Repentinamente, hizo algo incongruente. Se quedó mirando las fotografías del muro, con la luz proyectada directamente sobre ellas. Y, de súbito, estiró una mano, arrancando con dos golpes de arma las hojas del muro. Identifiqué qué fotografías destruía. Las dos que viera en primer lugar: aquélla en que aparecía yo, y la otra en que aparecía Jessica. Le vi dejar el arma sobre el escritorio, tomar los trozos desgarrados, y guardarlos en sus oscuras ropas.

Mi mente estaba empezando a ver claro, súbitamente. Cerré los ojos, respirando lo más bajo posible. Varios hechos se unieron de repente, como piezas de un *puzzle*, tomando forma un extraño conjunto. Sentí un escalofrío.

Y en ese momento, acaso por la propia excitación de mi descubrimiento, quizá debido a la constante tensión de los últimos minutos, mi cuerpo vaciló un poco, y el peso de él cayó sobre el otro pie. Eso hizo que la madera del suelo crujiere bajo mi peso.

Rápido, el enmascarado asesino se volvió hacia mí. Hacia la cortina. Su lámpara llenó de luz la cortina. Descubrió la punta de

mis zapatos por debajo, apenas visibles...

—¡Reeves! —jadeó con voz ronca—. ¡Ya te encontré!...

Era inútil ocultarse. Estaba esgrimiendo el sable oriental. Venía lanzado hacia mí. Me ensartaría, con cortina y todo. Su rostro, era la horrible calavera de siempre, como un personaje de aquelarre...

* * *

No sé cómo sucedió. Creo que nunca lo sabré a ciencia cierta.

Pero mis reflejos, mi propio afán de supervivencia, lo desesperado de mi situación quizá, hicieron el milagro. Lo cierto es que el asesino se vino sobre mí, con su arma a guisa de bayoneta, con su foco de luz sobre mí, para deslumbrarme.

Yo salí de la cortina. El arma blanca penetró por ella, y desconchó violentamente el muro, sin encontrarme. Pero eso sólo hubiera aplazado unos segundos mi muerte, de no actuar yo en ese preciso instante de desconcierto, con entera serenidad, con la frialdad inmutable que le da a uno saberse virtualmente vencido y sin esperanzas.

Mi lámpara eléctrica cayó pesadamente sobre su cabeza, al tiempo que le gritaba yo con voz ronca:

—¡No vas a terminar conmigo, asesino! ¡Te he descubierto! ¡Sé quién eres, y vas a ir al mismo sitio adonde enviaste a Burrows! ¿Lo entiendes, WALDO CARPENTER?

Luego, mientras él, aturdido, oscilaba tras recibir el golpe, en un brevísimo momento de indecisión que el mazazo de pronunciar su nombre debió aumentar ligeramente, yo pegué de nuevo. Por dos veces, brutalmente, sobre su sien y tras la oreja.

La máscara de calavera rodó por el suelo cuando cayó, inconsciente. Uno de mis golpes había desprendido su sujeción al resto de su disfraz.

No me había equivocado. Era mi gran amigo, Waldo Carpenter.

FINAL

—Waldo Carpenter... ¡El mejor director de telefilmes de la International! Y su mejor amigo, Reeves... ¿Cómo explica eso?

Miré fijamente al teniente Cox, de la policía. Me sentía importante en este momento, tras mi triunfo sobre el asesino. Hice un encogimiento de hombros, sonriendo a Violet, presente en la reunión.

—Teniente, todo había empezado mucho antes de ser yo guionista de la productora... Con Burrows, con su mujer... No tenía nada de extraño que Jessica flirteara con su director. Lo había hecho otras veces, su propia hermana lo dijo. Carpenter y ella tuvieron su romance. Como lo tuvo ella con Blake... Carpenter supo lo del robo de drogas entre los tres, y exigió su parte. Blake intentó matarle, supongo, para deshacerse de él, pero le salió mal. Carpenter, necesitado de dinero fácil, fue más listo y cruel que él mismo, y se anticipó. Como dice Violet, quien mata una vez mata dos. Jessica sabía quién mató a Blake y podía denunciarle. La mató, apoderándose de todo el botín que ambos guardaban. En realidad, pensaban traicionar a Burrows y quedarse con todo. Éste, sin embargo, no perdonó la muerte de Jessica. La amaba, a su modo. Debió ser muy desgraciado al ir a la cámara de gas para morir por algo que no sólo no había hecho, sino que deseaba ardientemente vengar. Y de pronto, el Destino pone ante él la gran oportunidad de inquietar, de amenazar de alguna forma al criminal, que él ha creído identificar por algo tan simple como... el arma con que mató a su esposa, aparte su modo de andar y moverse.

—¿El arma?

—Sí. Un sable samurái. Un arma poco corriente... pero no para un director de cine, con todo el attrezzo a su alcance, en los

Estudios. Igual ocurría con la máscara utilizada, obtenida de ese mismo attrezzo de la International...

—¿Y cómo esperaba inquietar a Carpenter?

—Nos dio la clave al donar sus ojos. Pero era difícil verlo. Los donó porque el receptor ERA YO, por ninguna cosa más. Sabía lo suficiente del mundo del cine y la televisión para conocer nuestra amistad y colaboración habituales. Sus ojos, sus verdes ojos, en mi persona, podían atemorizar a Carpenter, llegar a aterrorizarle y hacerle delatar. Por eso me los cedió. El terminaría sabiendo que yo llevaba los ojos de Burrows, y tendría miedo... La verdad es que lo supo muy pronto, porque vigilaba las últimas horas de Burrows, y aunque fingía no saber que yo había recuperado la visión, debió informarse por algún hábil medio en el propio hospital, tras saber que Burrows había donado esa misma noche sus ojos a alguien. Sabiendo que yo era operado poco después, le era suficiente para completar el cuadro. Tuvo miedo, realmente. El quizá no conocía la teoría del profesor Lee, como la conocía —y la creía—, el propio Burrows. Pero estaba asustado, inquieto. Y trató de matarme en mi *bungalow*, como luego lo intentó con Violet y conmigo en la carretera, tras estar ya seguro de que era el receptor de aquellos ojos, cuando les visité a él y a Rachel, y que estaba investigando el asunto de alguna forma. Recuerdo su sorpresa al ver que yo no estaba ciego, prácticamente no existió...

—Sí, todo eso va viéndose ahora, poco a poco. Pero si Burrows sabía o sospechaba la identidad del asesino, por su modo de andar o moverse, por sus armas extrañas y todo eso, ¿por qué no lo dijo?

—Nadie le hubiera creído. Carpenter estaba fuera de toda sospecha. Ahora, incluso, tenía dinero, puesto que había debido colocar en el mercado negro el botín del robo en el hospital... De todos modos, Carpenter ya había tomado sus medidas. Contrató a un detective.

—¿Un detective? ¿Era él la persona que alquiló los servicios de Hayward?

—Sí, teniente. Era él. Me hacía vigilar a mí. Y también averiguar cuanto fuera posible sobre Violet Lavis, sobre todas las cosas de Burrows... Pero Hayward debía de ser uno de esos tipos desaprensivos, y quiso chantajearle, al descubrir más de lo debido. Mientras esperaba fuera de los Estudios, con la misión de vigilarme,

debió salir por otra puerta no controlada, asesinó a Hayward y regresó tranquilamente a los Estudios... para luego salir en pos nuestro, adelantamos en la ruta, y volverse luego contra el coche de Violet, para eliminarnos definitivamente.

—¿Y lo de la casa en la playa...? ¿Cómo pudo saber que estaba usted allí, Alan? —preguntó Violet, preocupada.

—Sospecho que él ya vigilaba de cerca su propia casa, Violet. Le bastó para seguirme a alguna distancia e introducirse allí tras de mí. El sí debía de tener llave, de cuando se entendía con Jessica. Y, por cierto, encontró en seguida el detalle revelador que Burrows nos dejó y yo no sabía ver.

—¿Qué detalle?

—Una fotografía donde estaba yo, pero también estaba él. Y otra fotografía donde él dirigía a Jessica en una escena... Eran significativas, si alguien sabía interpretarlas alguna vez. Quizá al donar sus ojos, Burrows pensó que yo, como persona muy amiga de Carpenter, terminaría por ver la verdad... e incluso por entender su mensaje, si alguna vez llegaba a la casa de la playa.

—De modo que así han sido las cosas... —El teniente Cox sacudió la cabeza—. Yo sabía que usted no mató a Hayward, Reeves. Pero di esa noticia a la televisión para confiar al asesino... Pudo haber venido a mí, porque ése es un juego demasiado arriesgado... aunque valió la pena. Carpenter ha confesado ya. No tuvo otro remedio. Ahora, Burrows, podrá descansar tranquilo.

—Y usted también, Alan —sonrió Violet—. Espero que ya vea cada vez menos frecuentemente esas imágenes en sus nuevos ojos. Si la teoría del profesor Lee es cierta, una vez transmitido ese mensaje a su mente, ya no tiene objeto seguirlo repitiendo. Aunque eso quizá no lo sepan sus ojos...

—Quizá no —suspiré—. Pero ahora ya no me torturará esa visión. Poco a poco, sé que irá cediendo en intensidad, hasta borrarse por completo. Yo mismo olvidaré que llevo los ojos de un hombre muerto. Este asunto será en breve tan sólo un desagradable recuerdo, algo que pasó para no volver...

—Sí, supongo que sí —musitó Violet con voz apagada—. Supongo que así serán las cosas para usted. Alan. Volverá a sus Estudios, a sus películas... y nos olvidará a todos fácilmente.

—No, a todos, no —negué vivamente—. Nunca podré olvidar al

hombre que me donó el máspreciado don que puede tener un ser humano. Él sabe, donde ahora esté, que me siento feliz de haber sido parte en demostrar su inocencia, aunque haya servido solamente para reivindicar su memoria y su nombre, y para castigar al verdadero culpable... Tampoco puedo olvidar a cierta persona llamada Violet... que hace los más deliciosos emparedados del mundo.

—Gracias, Alan —me sonrió dulcemente la muchacha—. Cuando quiera, puedo invitarle de nuevo a mi casa, a tomar algo... Pero usted conoce a chicas como Rachel Ward... No tendría objeto perder su tiempo con una amistad como la mía...

—Rachel Ward sí que está olvidada —sonreí—. Ella se ha quedado compuesta... y sin boda ni novios. Es justo también. En cuanto a nuestra amistad... esta vez no vamos a ir a su casa, sino a algún sitio, a cenar juntos y a bailar un poco, si no se niega a aceptar mi invitación.

—Iré gustosa, Alan —me prometió, desviando sus azules ojos, brillantes y húmedos.

—Perfecto. Otro día, me invitará a su casa, a tomar esos emparedados. Y lo que sea, con tal de que usted sea quien lo haga, Violet...

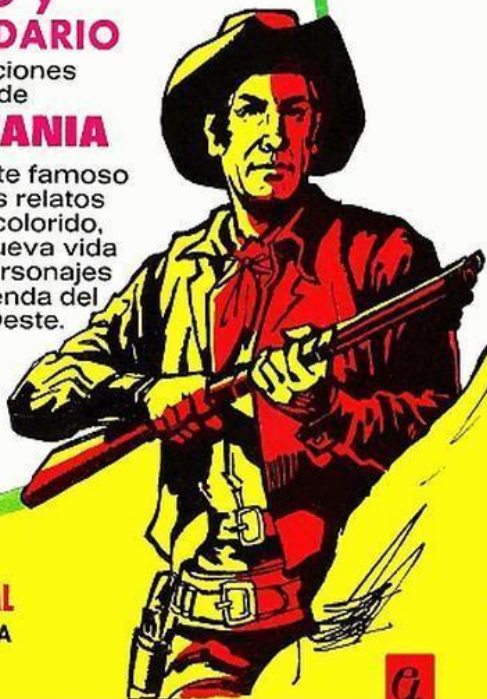
FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de
M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.